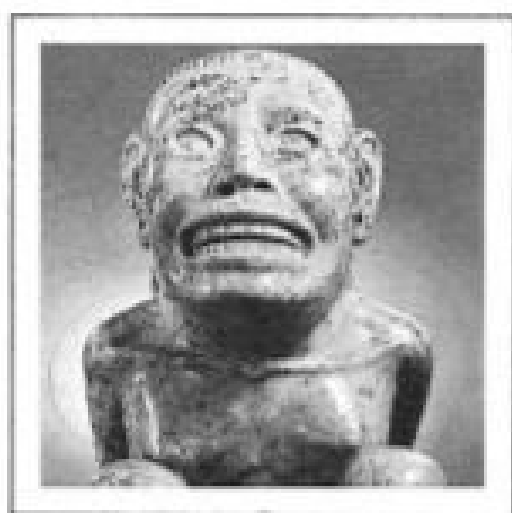


José Alcina Franch

**HISTORIA DEL ARTE
HISPANOAMERICANO**

I. ARTE PRECOLOMBINO



Alhambra

ÍNDICE

<i>Capítulos</i>		<i>Páginas</i>
	Introducción general	1
1	Introducción	3
	1.1. El medio geográfico	3
	1.2. Grupos raciales	7
	1.3. Grupos lingüísticos	9
	1.4. Áreas culturales	10
	1.5. Orígenes americanos	13
	1.6. Secuencia histórica y evolución cultural	16
	Bibliografía	17
2	El arte de los cazadores prehistóricos	19
	2.1. Contexto cultural	19
	2.2. Arte rupestre de Norteamérica	21
	2.3. Arte rupestre de Sudamérica	23
	Bibliografía	27
3	El Formativo en Mesoamérica	29
	3.1. El Preclásico del valle de México	29
	3.2. El arte olmeca	36
	3.3. La expansión olmeca	49
	Bibliografía	51
4	El Formativo en el área intermedia	53
	4.1. Culturas de Centroamérica	53
	4.2. Culturas de Colombia	54
	4.3. Cultura de San Agustín	56
	4.4. El Formativo en Venezuela y las Antillas	60
	Bibliografía	60

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
5	El Formativo en el área andina 63
	5.1. El arte de Valdivia y Machalilla 63
	5.2. El horizonte Chorrera 66
	5.3. El Formativo de la sierra ecuatoriana 68
	5.4. El arte chavín y su influencia 70
	5.5. El Formativo en el área andina meridional 79
	Bibliografía 80
<hr/>	
6	El periodo Clásico en Mesoamérica 83
	6.1. Introducción 83
	6.2. El arte teotihuacano 86
	6.3. El Epiclásico del Altiplano central 101
	6.4. El valle de Oaxaca 106
	6.5. Veracruz central 112
	6.6. La Huasteca 117
	6.7. El Occidente de México 119
	Bibliografía 123
<hr/>	
7	El Clasicismo Maya 125
	7.1. Introducción 125
	7.2. Arquitectura 132
	7.3. Escultura y relieve 149
	7.4. Pintura mural 156
	7.5. Jades y cerámica 159
	Bibliografía 162
<hr/>	
8	El periodo Clásico en el área intermedia 165
	8.1. El Clasicismo centroamericano 165
	8.2. Los valles interandinos de Colombia 168
	8.3. El área del Caribe 173
	Bibliografía 175
<hr/>	
9	El Clasicismo Andino 177
	9.1. Introducción 177
	9.2. El área andina septentrional 179
	9.3. El arte mochica 184
	9.4. El periodo Clásico en los valles centrales 195
	9.5. El arte nazca 198
	9.6. El arte de Tiahuanaco 207
	Bibliografía 213
<hr/>	
10	El Postclásico en Mesoamérica 215
	10.1. La transición 215
	10.2. El arte tolteca 218
	10.3. El arte mixteco-puebla 225
	10.4. El arte azteca 232
	10.5. El arte maya-tolteca 247
	Bibliografía 255
<hr/>	
11	El Postclásico en el área intermedia 257
	11.1. Centroamérica 257
	11.2. El Postclásico en Colombia 259
	11.3. El arte taino 263
	Bibliografía 267

Capítulos

Páginas

12	El Postclásico en el área andina	269
12.1.	Introducción	269
12.2.	El área andina septentrional	270
12.3.	El imperio Wari y su expansión	273
12.4.	El arte chimú	279
12.5.	El arte de la costa central y del sur del Perú	284
12.6.	El área Circum-Titicaca	286
12.7.	El arte de los incas	287
	Bibliografía	299

Introducción general

La Historia del arte hispanoamericano, cuya publicación se inicia hoy bajo el signo de ALHAMBRA, debe entenderse como una prolongación de la ya clásica y bien conocida Historia del arte hispánico, cuya publicación comenzase hace siete años. En aquella ocasión, como en ésta, el enfoque central ofrecido y exigido a los autores ha sido «lo hispánico», ya se tratase del hogar primitivo o de su prolongación trasatlántica; de ahí que, inicialmente y por lo que al área de interés americanista se refiere, tengamos que renunciar a las Américas anglosajona y lusitana para ceñirnos, salvo excepciones, al mundo de tradición hispánica.

Los cuatro volúmenes de que va a constar esta Historia del arte hispanoamericano tiene una clara orientación como manual universitario. Quiere decirse con ello que, por encima de todo, tratan de ser una clara exposición sintética, resumida y lo más transparente posible del «estado de la cuestión» en su multiplicidad temporal y espacial. No es su objeto, por tanto, ni hacer una interpretación personal de los múltiples problemas de que se trata, ni plantear largas disquisiciones críticas sobre aspectos concretos, aunque algo de una y otra de estas maneras de tratar los temas se pueda hallar a lo largo de esos cuatro volúmenes, ya que los autores no son ajenos a la investigación científica y, por tanto, a la interpretación de los hechos que tratan de sintetizar, y sería pedir demasiado que se mostrasen tan «distanciados» como fuese necesario, en todo momento.

En cualquier caso, lo que se ha pretendido es proporcionar al lector —estudiantes universitarios, principalmente— un esquema de base que les permita iniciarse en el estudio del arte hispanoamericano, con el equilibrio adecuado entre información escrita e información gráfica y con la imprescindible y seleccionada información bibliográfica que dé pie a que su curiosidad les lleve a los más insospechados rincones, a través de la fronda bibliográfica.

Debe advertirse que la ilustración es limitada para mantener el precio de la obra dentro de lo que podríamos llamar lo «asequible», expresión que, pese a su carácter ambiguo, marca unos ciertos límites que se sitúan entre la modestia y el despilfarro, lo que justifica la utilización del color en muy escasos ejemplos —principalmente de pintura—, ya que el resto de la ilustración, siempre en blanco y negro, se reduce en el tamaño para permitir un cierto aumento en su número.

La bibliografía se mueve dentro de los mismos parámetros: es fundamentalmente selectiva, trata de estimular y de permitir la ampliación lógica del estudiante, al mismo tiempo que intenta estar al día, tanto como ha sido posible y en tantos campos como se pudo lograr. El sistema de referencias empleado es el que progresivamente se va imponiendo en la mayor parte de los campos científicos; en nuestro caso concreto, nos permite prescindir casi totalmente de las notas a pie de página, alcanzando un grado de precisión y brevedad en las referencias que nos proporciona seguridad y ahorro de espacio.

La principal novedad de esta Historia del arte hispanoamericano se refiere a su contenido y a las proporciones de su presentación. Tradicionalmente, el arte his-

panoamericano es el arte de tronco hispánico que se desarrolló al otro lado del Atlántico entre los siglos XVI y XVIII, de tal manera que tanto lo «precolombino» como lo «contemporáneo» vienen a constituir apéndices, en algún caso necesarios, para completar la secuencia, pero casi nunca sustantivos o con valor per se; pero, desde luego, lo que no ha constituido motivo de interés para ningún historiador del arte hispanoamericano ha sido lo etnográfico y lo folklórico.

Para comprender nuestro planteamiento, hay que considerar dos tradiciones, un encuentro y tres resultados de ese encuentro. Las dos tradiciones que se ponen en contacto en ese singular encuentro de culturas que significó el Descubrimiento de América por parte de los europeos, en las postrimerías del siglo XV y en el primer tercio del siglo XVI, fueron las tradiciones indígena e hispánica. La tradición indígena «precolombina» es una tradición que se remonta hasta casi el momento de la llegada del primer hombre al continente americano alrededor del año 40000 a. de C., y que se prolonga hasta el momento del contacto. La tradición hispánica, en realidad, está representada por todo el pasado español, desde la Antigüedad y la Edad Media hasta la época de los descubrimientos geográficos.

El encuentro de los dos mundos culturales que se produce en América es, en realidad, un proceso que se desencadena a partir de 1492 y que no ha terminado todavía. Las resultantes de ese encuentro son, en mi opinión, tres. Todas ellas son, verdaderamente, mestizas en el sentido en que, difícilmente, pueden guardar la «pureza» de sus orígenes. La tradición hispánica constituye el núcleo del arte colonial de los siglos XVI al XVIII que, después, con la llegada de la independencia política de la metrópoli, se irá integrando más y más en los movimientos artísticos europeos y occidentales, aunque sin perder nunca un matiz autóctono, que es lo que le da personalidad y lo que hace que merezca un tratamiento independiente, como es el que se le ofrece en esta obra. La tradición indígena se transformará en dos realidades diferentes: la cultura —y, por tanto, el arte— campesino, rural o popular, en la que lo indio y lo español se amalgaman para constituir un género absolutamente mestizo o aculturado, y la cultura indígena, de carácter etnográfico, salvaje, tribal, etc., en la que se conservan con mayor pureza los caracteres autóctonos, pero en la que, indudablemente, se introducen algunos elementos o características hispánicas u occidentales que las hacen, por eso, en cierta medida, también artes o culturas mestizas.

De este planteamiento surge el esquema organizativo del presente manual: el volumen 1 —Arte precolombino— trata de resumir todo lo que se sabe sobre la tradición indígena antes del contacto; el volumen 2 —Arte hispanoamericano de los siglos XVI al XVIII— se refiere a la tradición hispánica en América, con sus componentes indígenas integrados. En el volumen 3 se trata del arte de Hispanoamérica en los siglos XIX y XX, es decir, en lo que podríamos considerar como continuación de la tradición occidental en la época contemporánea. Y, finalmente, en el volumen 4 se estudia el arte indígena y el arte popular teniendo en cuenta que el mayor grado de mestizaje biológico y cultural se concentra en las regiones donde se alcanzó un más alto nivel de desarrollo sociocultural en la época prehispánica, mientras la mayor «pureza» indígena se localiza en las ya escasas regiones —generalmente selváticas— donde la penetración cultural hispánica u «occidental» ha sido mucho más limitada.

Aunque se ha procurado hacer un tratamiento de la materia lo más homogéneo posible, a lo largo del manual se observarán algunas variaciones o heterogeneidades. En general, se abordaron los temas regionalmente o por áreas, en ocasiones de carácter administrativo, como en el tomo correspondiente al arte de los siglos XVI al XVIII; en otros casos, de carácter geográfico o cultural, como en el tratamiento del arte indígena y popular. Sin embargo, en los tomos 1 y 3 se han abordado los respectivos temas considerando, en primer lugar, las diferencias cronológicas o de etapa y, en segundo término, las particularidades regionales. La justificación de cada uno de esos planteamientos es, generalmente, de carácter histórico y afecta a la propia tradición de los estudios arqueológicos, etnográficos o de la historia del arte colonial, por lo que tratar de encajar en un solo esquema esa diversidad hubiese representado una violentación de las respectivas materias.

JOSÉ ALCINA FRANCH
Director

Madrid, Junio, 1985

1. Introducción

Un libro como el presente, que tiene por objeto el estudio del arte precolombino de Hispanoamérica, requiere de una introducción en la que se definan con brevedad, pero con precisión, el marco geográfico, el cuadro racial o subracial de la población aborigen, la taxonomía lingüística, y la división en áreas culturales del doble continente que constituye la base de nuestro interés presente, así como el esquema conceptual necesario para comprender los orígenes culturales y antropológicos de la realidad americana anterior al descubrimiento. Todo ello viene a constituir el marco de referencia constante e inevitable al que nos tendremos que referir a lo largo de las páginas que siguen.

1.1. El medio geográfico

El hecho de concebir la geografía, desde la perspectiva de las disciplinas que se ocupan del estudio del hombre y su cultura, como una inevitable introducción, no es nuevo; sin embargo, cada día se comprueba con mayor claridad el hecho de las interrelaciones entre las sociedades y su medio ambiente geográfico, hasta el punto de considerar aquéllas como un atributo más, dentro de un sistema ecológico global. Esto es aún más cierto si el tema a tratar se refiere a culturas *prehistóricas* o primitivas. Es evidente que, en estos casos, la relación entre sociedad y medio ambiente natural es mucho más íntima, en la medida en que la dependencia del hombre respecto del medio, sobre todo en el campo de la subsistencia, es muchísimo mayor que en niveles de desarrollo cultural mucho más avanzados o evolucionados.

En esta introducción, queremos destacar desde el principio que lo que verdaderamente nos interesa no es un análisis sistemático de la geografía de América, sino únicamente destacar algunos de los más característicos y contrastantes paisajes de ese continente, sobre todo en función de su respectiva capacidad para modificar las características propias de la cultura, o ser, en cierta medida, determinantes de tales formas culturales. Obviamente, dentro de la brevedad a la que nos vemos obligados por la extensión de este tema, no podremos particularizar en exceso. Nos interesa sólo resaltar algunos de esos paisajes: aquellos que entendemos que pueden ser más significativos a la hora de comprender el arte y la cultura, en general, de los pueblos que se instalaron en ellos.

Es importante destacar también que, como ya lo hemos hecho en otros lugares, concebimos la cultura y el medio ambiente como una pareja de sistemas en los que cualquier modificación producida en uno de ellos afecta al que hace pareja con él, lo que quiere decir que el *determinismo* tiene un doble sentido: el ambiente determina la cultura y, a su vez, ésta determina o modifica el ambiente; entendiendo, por otra parte, que *determinar* y *determinismo* son términos que se deben entender con un matiz extraordinariamente relativista, hasta el punto de poderse equiparar a *condicionamiento* y otros similares.

El Nuevo Mundo, concebido como un solo continente o como un «doble continente» es, sin duda, la extensión de tierra más alargada en el sentido de los meridianos de toda la Tierra. Esa única característica es ya tan decisiva que, a partir de ella, se puede comprender que, solamente como consecuencia de las diferencias de latitud, se encuentren en ese continente todos los climas posibles del globo terráqueo.

Otra característica muy destacable desde el punto de vista topográfico, que afecta decisivamente a la climatología, es el hecho de que a lo largo de la vertiente del Pacífico de ese continente se halla, prácticamente sin interrupción, una cadena montañosa que primero se conoce como Montañas Rosas, luego se denomina Sierra Madre Oriental y Sierra Madre Occidental, y más tarde viene a ser la Cordillera Andina. Ese conjunto de cadenas montañosas constituye una especie de «columna vertebral» que proporciona una gran variación altitudinal. Para cualquier latitud del continente, sumadas las variaciones de altitud con las de latitud, la gama de paisajes posibles y reales en todo el Nuevo Mundo es prácticamente infinita.

Por otra parte, el hecho de que los sistemas orográficos más importantes del continente se concentren en la línea occidental, deja extensas «tierras bajas» hacia el Este, región por donde discurren caudalosos ríos — Misisipi, Orinoco, Amazonas y Paraná-Río de la Plata — y donde, de acuerdo con específicas condiciones orográficas y climatológicas, se dan praderas, bosque tropical lluvioso, etcétera.

El hecho de que se trate de un doble continente, es decir, con dos amplias masas de tierra de forma aproximadamente triangular, unidas por un estrecho pasillo, también va a tener consecuencias importantes desde el punto de vista del movimiento de poblaciones animales e incluso humanas, y asimismo en lo que se refiere a la comunicación, difusión e interrelación cultural entre ambos subcontinentes.

Por último, es evidente que América es el más aislado de todos los continentes del mundo, ya que sólo por el Noroeste se aproxima hasta casi unirse a Asia — Beringia —, pero el resto de su perímetro queda muy alejado de las tierras del Viejo Mundo, debido a esas dos grandes masas oceánicas que son el Atlántico y el Pacífico. Este factor de aislamiento, como vamos a ver a continuación, tiene enorme importancia desde el punto de vista cultural, ya que, en buena parte, los desarrollos culturales de la América precolombina habrá que considerarlos como autóctonos o con muy escasas influencias de las culturas de los otros continentes.

Teniendo en cuenta las ideas generales que acabamos de exponer resumidamente, lo que viene a continuación trata de ser un muestrario de paisajes de Hispanoamérica, en los cuales, más que en otros, las sociedades y culturas indígenas precolombinas, desarrollaron un arte singular, muy variado siempre, y en ocasiones de un valor excepcional.

Como vamos a ver en un próximo párrafo de este mismo capítulo introductorio, las altas culturas americanas anteriores al descubrimiento colombino se concentraron en lo que ha venido llamándose América nuclear, región situada en la parte central de la zona más quebrada del continente, desde la actual república mexicana hasta el norte de Chile. Sin embargo, el resto del continente, poblado igualmente, aunque no con tan alta densidad como la zona nuclear, dio lugar a desarrollos culturales secundarios, aunque de considerable interés.

Dentro de lo que se conoce como área mesoamericana, el número de «paisajes» es prácticamente infinito. De todos ellos destacaremos dos: el valle de México y la península de Yucatán, paisajes donde desarrollaron su actividad los teotihuacanos, toltecas y aztecas, por una parte, y los mayas, por otra.

El valle de México es la denominación impropia, desde un punto de vista geomorfológico, de la «cuenca de México». Se trata de una especie de hoyo rodeada casi totalmente por una serie de elevaciones, de origen volcánico y altura sumamente variable, que se alza a 2.200 m. de altitud sobre el nivel del mar. La cuenca de México, con una extensión no inferior a los 8.000 km² y de unos 100 km. de Norte a Sur, viene a quedar limitada por los valles de Puebla, al Oes-

te; de Toluca, al Este; del Mezquital, al Norte, y por la depresión del río Balsas, al Sur. En el centro de esa depresión se halla el lago de Texcoco, que domina y caracteriza el paisaje de manera decisiva. La constante desecación del antiguo lago ha hecho que, ya en la época que nos interesa, se haya dislocado en otros varios: Zumpango, Xaltocan, San Cristóbal, Texcoco, Xochimilco y Chalco, en cuyas orillas se desarrollará una intensa historia sociocultural durante varios milenios: desde la época de los antiguos grandes cazadores de elefantes hasta el nacimiento, esplendor y caída de la ciudad de Tenochtitlan e imperio de los mexica.

El régimen hidrológico del valle y su carácter fundamentalmente lacustre, junto a otras determinantes de carácter climático, fijan la vegetación del paisaje. Junto a los lagos, una densa masa de espadañas, tules, *huejotes* y plantas higrófilas; y las laderas de las montañas cubiertas de extensos bosques de encinos hasta una altura media y con bosques de coníferas en las zonas altas.

El territorio sobre el que se desarrolló la más famosa de las culturas precolombinas de América, la Maya, es muy variado y comprende distintos paisajes que contrastan entre sí de manera notable: el altiplano chiapaneco y guatemalteco, las tierras bajas de la costa del Pacífico, el bosque tropical lluvioso de las cuencas del Usumacinta y del Motagua y la zona del Petén y la península de Yucatán. Aunque la secuencia completa de esa civilización se desarrolla en todos los paisajes mencionados, la península de Yucatán vio florecer la cultura Maya de manera especial durante la fase Maya-Tolteca. Ciudades como Chichén-Itzá, Tulum, Mayapán, etc., florecen en esa época y son ejemplos del extraordinario esplendor de esa civilización en ese momento.

La península de Yucatán es una plataforma caliza, recientemente emergida del mar, gran parte de la cual se halla por debajo del nivel del mar y de la que afloran algunos bancos coralíferos. La constitución geológica de la península es, básicamente, del periodo Terciario, y corresponde a margas arenosas y calizas y conglomerados marinos, lo que constituye una llanura de Karst en el tercio septentrional de la península; únicamente hacia el Oeste se puede señalar una llanura aluvial en la costa de Campeche y Tabasco que corresponde al Cuaternario.

La plataforma de Yucatán queda dividida en dos partes, mediante la sierra de Ticul, que se eleva a unos 50 m. sobre el nivel de la llanura, alcanzando los 350 metros como máxima, en el este de Campeche. Esa sierrecilla, probable litoral en el Mioceno, marca el límite de la zona Puuc, en la que las ciudades mayas más importantes son las de Uxmal, Kabah, Zayil, Labná, etc. En esta zona es donde se encuentran los mejores suelos de cultivo, en las hoyas que abundan al sur de la sierra de Ticul, mientras que en Campeche central, Quintana Roo y norte de Belice es muy fina la capa vegetal.

Debido a que el territorio cae de lleno en el área tropical y a que no existen elevaciones importantes, las temperaturas predominantes en toda la península son muy elevadas, y existe muy escasa oscilación anual. Las precipitaciones se concentran en el verano y se producen después del mediodía. Por eso, en la parte septentrional de la península predomina un tipo de clima de sabana tropical, que en el extremo noroeste llega a un tipo de clima estepario, con muy pocas lluvias en verano. Hacia el sur de la península aumenta no sólo la pluviosidad anual, sino que se prolonga también la temporada de lluvias.

Toda la península de Yucatán queda muy específicamente caracterizada por el sistema de drenaje. El suelo, muy poroso, permite que la lluvia penetre rápidamente formando canales y cavernas subterráneas. En este sentido, se pueden señalar dos zonas: la de Karst bajo, al norte de la sierra de Ticul, presenta un drenaje totalmente subterráneo; la zona de Karst alto, al sur, presenta un drenaje mixto: en parte subterráneo y en parte superficial. Una de las formas más características de este drenaje subterráneo es la de los cenotes. Estos son, realmente, hundimientos de las capas que cubren una caverna en la caliza y que forman una especie de pozo natural de paredes verticales. Las ciudades y centros ceremoniales de los mayas se crearon, generalmente, en torno a estos cenotes, que eran su única fuente de agua. Además de los cenotes, deben mencionarse: aguadas, *actuns*, o cuevas de la sierra de Ticul, sartenejas, pozas y arroyos superficiales.

En Sudamérica, el área cultural de mayor importancia desde el punto de vista de la concentración demográfica, de la variabilidad cultural y de la evolución cultural misma es la llamada *área andina*. Su enorme extensión territorial, su variabilidad topográfica, etc., hacen que de ella haya que mencionar una abundante serie de paisajes. Nos referiremos aquí, únicamente, a dos de ellos, a los que podemos considerar, en cierta medida, más importantes, en función de los desarrollos culturales que se produjeron en sus respectivos territorios: el altiplano de los Andes centrales y el desierto costero.

Los *Andes centrales* se dividen en un gran número de paisajes naturales: las diferencias altitudinales, la orografía y las diferencias de latitud son los responsables de esta dislocación en multitud de paisajes. Lo que presta unidad a la «sierra» es su muy marcado contraste con las tierras áridas de la costa y con la zona de bosque tropical lluvioso del Oriente.

La estructura morfológica de los Andes centrales viene marcada por las líneas de plegamiento y los valles de mesetas interandinas. En la fracción ecuatorial, hasta el Nudo de Loja hay dos cadenas montañosas paralelas —la oriental y la occidental— con multitud de volcanes, que vienen a unirse repetidas veces dejando entre sí depresiones que oscilan entre 2.200 y 2.600 m. de altitud. En el *Nudo de Loja* ambas cordilleras se unen para dividirse más al sur en cuatro, que, de occidente a oriente, son: la cordillera Negra, la cordillera Blanca, la cordillera Central y la cordillera Oriental. Esas cadenas montañosas se unen en el nudo del *Cerro de Pasco* y vuelven a dividirse en dos más al Sur. Desde el *Nudo de Vilcanota* predominan los altiplanos de 3.400 a 4.000 m. de altitud sobre el nivel del mar, al tiempo que la cordillera Oriental se levanta hasta los 5.500, y hasta 6.600 m. en la llamada cordillera Real. En la zona sur de los Andes centrales, en plena meseta de la Puna, se abre una región lacustre muy importante, de la que el *lago Titicaca* constituye su centro.

Es evidente que, cubriendo la región no menos de 25 grados y diferencias de altitud que llegan a los 6.000 m., el clima debe descomponerse en multitud de microclimas, que todavía no se han podido estudiar en profundidad.

Las lluvias en los Andes centrales son de dos tipos: de relieve y de convección tropical; las primeras son importantes en las cadenas montañosas del Este, donde llegan los vientos húmedos procedentes del Atlántico y cuya acción decrece hacia el Oeste. Las lluvias tropicales, en el extremo norte del área, se acercan al tipo ecuatorial, y abundan en dos períodos, por contraste con otros dos secos. Más al sur hay un verano con lluvias y un invierno seco.

Las temperaturas en esta región son variables en función de la altitud. A los 4.000 m. sobre el nivel del mar las heladas son frecuentes, incluso en verano, razón por la que el límite de la agricultura se encuentra entre 4.000 y 4.200 metros. A mayor altura sólo se da el pastoreo (hasta los 5.200 m.); en los niveles inferiores se van escalonando las poblaciones vegetales y los cultivos, de manera gradual. Hay que tener en cuenta que las primeras están profundamente modificadas por la presencia durante varios milenios, de una densa población humana en la zona.

La costa del Pacífico se puede definir, principalmente, por su extrema aridez, que llega a perfilarse, en muchos casos, como auténtico desierto. Este desierto queda fraccionado por una serie de «oasis» situados en los valles de los cortos pero muy numerosos, ríos que descienden desde la sierra hasta el Pacífico. En la actualidad sabemos que esta sequedad extrema es debida a la fría corriente de *Humboldt*, que impide que los vientos húmedos del mar produzcan precipitaciones. El límite de la aridez de la costa es variable: entre 1.000 y 1.200 m. de altitud en el paralelo de Pacasmayo; hasta los 1.600 o 1.800 m. a la altura de Lima, y más al sur, la aridez llega hasta la cumbre de los Andes.

Los «oasis», como señalamos antes, son debidos a los cortos cursos fluviales que descienden de la sierra: allí se concentra la escasa agua dulce de la costa, que se filtra en el terreno o se dispersa mediante los riegos, y que en algunas ocasiones llega al mar, concretamente en las crecidas. En estos pequeños valles se concentra la escasa vegetación natural de la costa, compuesta principalmente por *algarrobo*, *tamarugo*, *chañar*, etc., que forman estepas de arbustillos y, junto a los ríos, las plantas cultivadas características de la zona: porotos, al-

godón, calabaza, etc. Pese a su relativa pobreza, esos valles soportaron una densa población que desarrolló una civilización diversificada de alto nivel.

En conclusión, diremos que las descripciones de paisajes que hemos incluido en las páginas anteriores son un simple ejemplo de la diversidad de los que cabría señalar en una enumeración de los mismos: el bosque tropical de la costa del golfo de México, o de las tierras bajas del Petén; la aridez de la frontera norte de Mesoamérica o la de la costa de baja California; el paisaje intrincado y variable de las serranías de Oaxaca; los valles húmedos del suroeste de Guatemala; o los valles profundos de los Andes septentrionales; la selva tropical amazónica o de la costa de Colombia y Ecuador; las monótonas planicies de las Pampas, etcétera, son otros tantos paisajes contrastantes en la enorme variable geográfica del Nuevo Mundo. El desarrollo cultural en cada uno de esos paisajes es, en buena medida, una consecuencia de esas condiciones ecológicas y, por consiguiente, no debemos olvidar ese marco referencial a la hora de interpretar, en particular, cada cultura y, más específicamente, el arte de cada cultura.

1.2. Grupos raciales

Desde el punto de vista de la Antropología biológica, los especialistas se sitúan en dos posturas radicalmente diferentes: aquellos que defienden el criterio racialmente unitario del indio americano, frente a los que opinan que los indígenas del Nuevo Mundo deben agruparse en un alto número de subrazas o grupos raciales.

Se ha hecho famosa una frase de Antonio de Ulloa, según la cual, «visto un indio de cualquier región, se puede decir que se han visto todos en cuanto al color y contextura». Esa afirmación serviría de base a la teoría nuclear de la llamada «escuela norteamericana» que, capitaneada durante mucho tiempo por el antropólogo físico Ales Hrdlička, defendía el criterio de que «los aborígenes americanos representan principalmente una sola rama o estirpe humana, un *homotype*» (Comas, 1961).

Este *homotipo* estaría definido, entre otras, por las siguientes características: «piel amarilla; cabello negro, grueso y rígido; pilosidad reducida; sin olor apreciable para el blanco; pulso lento; volumen craneal ligeramente menor que el del blanco; paredes craneales algo menos gruesas que en el blanco; ojos oscuros; conjuntiva azulosa en el niño, blanca en el adolescente y amarillo sucio en el adulto; ángulo externo del ojo algo más alto que el interno; puente nasal bastante prominente; nariz robusta, con frecuencia aquilina en el hombre; mesorriña; boca y paladar anchos; labios más gruesos que en el blanco» etc. (Comas, 1961).

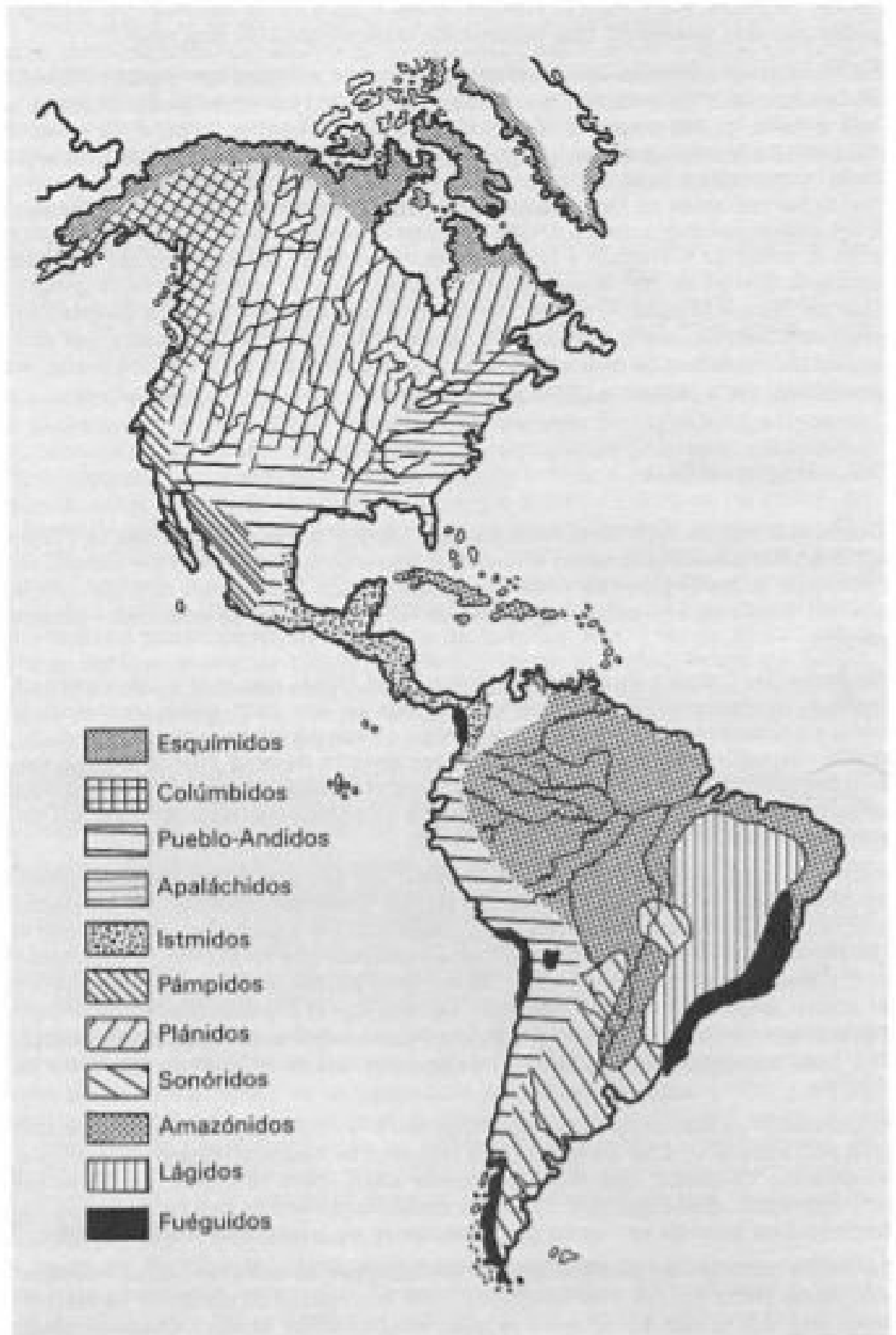
El concepto de *homotipo* americano que sirvió a Hrdlička para remarcar la unidad poblacional y racial de la América indígena se ha ido abandonando progresivamente, de modo que, en los últimos años, para la mayor parte de los antropólogos, «los indios son bastante variables dentro de esa pauta racial, especialmente cuando se hacen comparaciones en caracteres mensurables».

La mayor parte de las características morfológicas de los amerindios examinados hasta ahora incluye, prácticamente, toda la amplitud de variación de las mismas. Así, por lo que se refiere a la talla, encontramos desde tallas muy altas, como la de 1,71 m. para los pima, a tallas muy pequeñas, como la de 1,49 m. para los motilones, lo que ha permitido que se hablase incluso de *pigmeos* americanos. Lo mismo podemos decir del índice cefálico horizontal, en el que hallamos desde branquicéfalos extremos, como los totonacos (índice: 88,16), hasta doliocéfalos, como los xavante (índice: 74,5).

Hay una serie de características que resultan extremadamente claras para tipificar a los indios americanos en contraste con otras poblaciones del mundo. Entre esas características se hallan las siguientes: la *mancha mongólica*, situada al final de la columna vertebral y que, si no es exclusiva, sí se presenta con frecuencia entre los esquimales y otros indios americanos; el *pliegue mongólico* del ojo, frecuente entre numerosos grupos indígenas del Norte y Sudamérica; el segundo molar inferior con cinco cúspides, caso muy raro en el Viejo Mundo

homotype

definición



MAPA I.I.

y que, sin embargo, en América llega a estar presente en algunos grupos hasta en un 76 por 100 de casos; el llamado hueso de los incas, o conservación de la sutura transversal originaria del occipital que, siendo muy infrecuente en Europa, aparece hasta en un 3,9 por 100 en el Perú y en un 6,7 por 100 en la costa del Noroeste.

Partiendo del hecho de la variabilidad indígena, son muchas las clasificaciones que se podrían mencionar: las de Deniker (1926), Haddon (1925), Hooton (1931), Von Eickstedt (1934), etc. Podemos afirmar, sin embargo, con Juan Comas, que «consideramos aceptable la propuesta de varios antropólogos tendentes a unificar a todos los aborígenes del Nuevo Mundo, con la denominación de *raza geográfica amerindia*» (Comas, 1974).

Tras la clasificación de Von Eickstedt, en que se intenta una taxonomía más compleja, definiéndose una serie de razas dentro del tronco mongoliforme, el sistema taxonómico de mayor ambición ha sido el del argentino José Imbelloni, quien, desde 1938, postula una clasificación en once grupos raciales, cuyas características principales se exponen a continuación.

El grupo *neoártico*, que corresponde básicamente a la etnia esquimal, es muy homogéneo, muy mongólico y muy diferente, a la vez, del resto de los amerindios; los *colúmbidos*, de la costa Noroeste, de talla media o alta, son, igualmente, braquicéfalos intensos, de piernas cortas y brazos largos y de piel clara y cabello castaño; los *plánidos*, de las grandes llanuras norteamericanas, son de talla alta, mesocéfalos, de pómulos salientes, de nariz aguileña y piel bronceada; los *apalácidos*, del oriente de los Estados Unidos, son de talla alta, dolicocefalos y de piel clara; los *sonóridos*, que viven en Oregón, California y el occidente de la Sierra Madre Occidental de México, son de talla media y alta, mesocéfalos y de piel oscura; los *pueblo-andinos*, se sitúan, por un lado, en gran parte de México y, por otro, en la zona andina, son de baja estatura, braquicéfalos, con nariz de base ancha, torso muy desarrollado y escasa pilosidad corporal; los *istmidos*, que habitan en Centroamérica y sur de México, son de baja estatura, braquicéfalos extremos, de cara ancha y corta, mentón huido y color de la piel más oscuro que el de otros indios; los *amazónidos*, que habitan en la extensa cuenca amazónica y son de estatura media o baja, mesocéfalos, de constitución robusta y piel de color claro; los *pámpidos*, que habitan en el bosque y sabana del Chaco, en el Matto Grosso brasileño y en la Pampa argentina, y son de talla alta o muy alta, braquicéfalos y dolicocefalos, y de piel bronceada; los *láguidos*, grupo que vive en el altiplano oriental del Brasil y en pequeños enclaves situados en el extremo meridional de la península de California, en Coahuila (México), Ecuador, Chile y Argentina, son de talla baja, dolicocefalos y de cara ancha; y los *fuéguidos*, que habitan en la Tierra del Fuego, en la costa chilena, en el altiplano boliviano, en las costas del Chocó (Colombia) y en las costas de Venezuela y California, y que son de estatura baja, dolicocefalos, de frente ancha y cara alargada.

RAZAS. (IMBELLONI)

De acuerdo con el sistema taxonómico de Imbelloni, como el de otros autores, es evidente la heterogeneidad relativa de la población indígena americana. Esa heterogeneidad sólo puede explicarse «como consecuencia del origen diverso de los contingentes inmigrantes que poblaron el Nuevo Mundo desde hace unos cuarenta mil años; y también como resultado de un proceso de adaptación a las diferentes condiciones ecológicas y ambientales» (Comas, 1974: 99).

1.3. Grupos lingüísticos

El grado más alto de variabilidad que puede apreciarse en el mundo indígena americano es el que se refiere, sin duda, al mundo lingüístico. Norman McQuown, aludiendo a los lenguajes indígenas de América Latina, afirma que «esta región no puede ser comparada a ninguna otra del mundo debido a su multiplicidad y diversidad. Se han estudiado alrededor de dos mil idiomas y dialectos, divididos en 17 grandes familias y 38 pequeñas, con varios cientos de lenguajes sin clasificar» (McQuown, 1961: 37).

El problema cuantitativo que señala McQuown para toda Hispanoamérica no se comprende, sin embargo, de manera cabal si no lo vemos a escala más reducida; por ejemplo, examinando el caso de una lengua como es el zapoteco, en el área mesoamericana. «La diferencia local — dice Mauricio Swadesh — es tan grande que es preciso reconocer en él no una lengua, sino toda una familia de lenguas, con una complejidad comparable a la de la familia románica» (Swadesh, 1948: 447).

El problema lingüístico ha sido de tanta importancia, desde el momento mismo de la conquista del Nuevo Mundo, y sus dificultades tan insalvables, que ello explica, por una parte, la inacabada labor de cristianización llevada a cabo por los misioneros y, por otra, el gran volumen documental y de análisis proporcionado por esos mismos misioneros a lo largo de tres siglos de colonización. De ahí que, habiendo comenzado por estudiar en profundidad las llamadas «len-

«guas generales» como el *nahuatl*, en México; el *quechua*, en el Perú, y el *guaraní*, en el este de Sudamérica, muy pronto se pasó al estudio de otras lenguas de menor extensión como el zapoteco, mixteco, cuicateco, chinanteco, chontal, etcétera, en el caso de la región de Oaxaca, en México, sin llegar, en cualquier caso, a un conocimiento exhaustivo de la totalidad de las lenguas mencionadas por McQuown.

No obstante, la labor realizada en este aspecto por las diversas órdenes misioneras y por el clero regular permitió que, en el siglo XVIII, se alcanzase un conocimiento tal del conjunto de lenguas amerindias que fue solamente entonces cuando se pudo iniciar el estudio comparativo de las mismas. En ese sentido, la obra de Filippo Salvatore Gilij (1780-1784) y de Lorenzo Hervás y Panduro deben ser consideradas como pioneras en ese género. Para este último autor, al que se considera como uno de los fundadores de la lingüística comparada, las lenguas americanas se podían agrupar en 11 familias, de las cuales siete corresponderían a Norteamérica y cuatro a Sudamérica. En 1873, F. Müller distinguía 28 familias, mientras que para Alejandro Chamberlain, en 1913, solamente Sudamérica comprendía 84 familias lingüísticas. Finalmente, Paul Rivet, Guy Stresser-Pean y Čestmir Loukotka, en la obra de Meillet y Cohen (1950), registraban un total de 160 familias, de las cuales 33 correspondían a Norteamérica; 56, a México y Centroamérica, y 71, a Sudamérica.

Para algunos autores, a pesar de la enorme variedad lingüística observable, ciertos caracteres comunes a la mayor parte de esas lenguas les hace pensar en la unidad lingüística que equivaldría al ya mencionado *homotipo* biológico y la básica unidad cultural. Sin embargo, la situación presente en el estudio comparativo de las lenguas indígenas de América no permite suponer que nos hallamos cerca de demostrar el tronco común del cual procederían esas lenguas, porque, realmente, los *stocks* lingüísticos fijados hasta ahora son grandes grupos, equiparables únicamente al indoeuropeo en el Viejo Mundo.

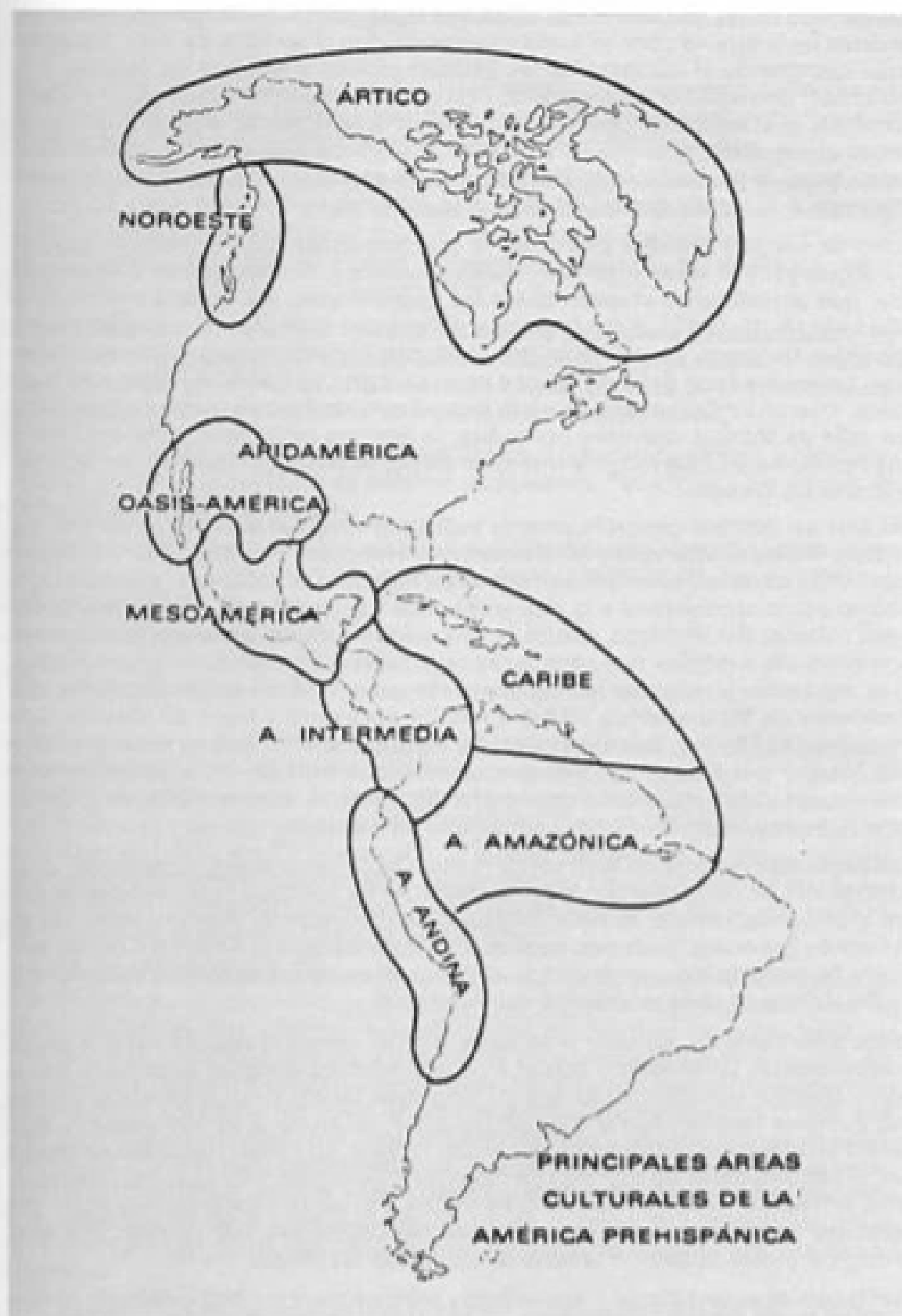
En Hispanoamérica — ámbito del presente libro — se distingue un buen número de esos *stocks* lingüísticos. Los más importantes de Mesoamérica incluyen, en primer lugar, el *stock* uto-azteca, que cubre un extenso territorio desde el suroeste de los Estados Unidos hasta México, e incluso Centroamérica. Otros grupos lingüísticos importantes son: el *macro-maya*, que incluye el maya propiamente dicho, el zoque y el totonaca; y el grupo *otomangue*, en el que se agrupan el *oto-pame*, el chinanteco, el zapoteco, el mixteco, el popoluca, el chorotega y el amuzgo. Como grupos independientes hay que señalar el tarasco, el huave y el xínca-lenca, además de otras lenguas no clasificadas.

En Sudamérica, pueden señalarse, como grupos más importantes, los siguientes: el *macro-chibcha*, que se extiende por territorios que pertenecen a Centroamérica, Colombia y Ecuador; el *macro-arawak*, que incluye lenguas habladas en las Antillas, en los llanos de Venezuela, en el alto Amazonas y en algunas zonas el noroeste del Brasil y más al sur; el *macro-caribe*, que, a la vez, comprende lenguas habladas en las Antillas Menores, en las Guayanas y en el bajo Orinoco. Es muy importante también el *stock* *macro-quechua*, que cubre el territorio del antiguo imperio de los incas: desde el Ecuador hasta el norte de Chile, noroeste de Argentina, Perú y Bolivia. En el este de Sudamérica, la familia *tupí-guaraní* incluye un gran número de lenguas del bajo Amazonas, región del Matto Grosso y costas del Brasil, mientras las lenguas del grupo *ge* se sitúan en el interior de ese país.

1.4. Áreas culturales

Así como en los anteriores párrafos hemos intentado una clasificación de los indígenas de Hispanoamérica desde el punto de vista racial y lingüístico, en éste haremos otro tanto desde el punto de vista de las culturas precolombinas, tomando pues como base la información que nos proporciona básicamente la arqueología; en ningún caso, podremos dejar de tener en cuenta, aunque sea de manera complementaria, las informaciones procedentes de la etnohistoria y de la misma etnografía.

Antes de pasar al estudio particular de las áreas culturales, es conveniente ad-



MAPA 1.2.

vertir que, especialmente, y desde el punto de vista de la arqueología, es muy común el uso del concepto *América nuclear*. Este concepto se refiere a una región que comprende las áreas de mayor complejidad y desarrollo sociocultural, densidad de población, creatividad artística, etc., de todo el continente y que se sitúa en la vertiente del Pacífico, desde el suroeste de los Estados Unidos hasta el norte de Chile y el noroeste de Argentina. Las áreas que denominamos *intermedia* y *andina*, junto con Mesoamérica serían las zonas más importantes, por tanto, en el desarrollo de la civilización de la América precolombina.

Por oposición al concepto de América nuclear se puede utilizar el de *América marginal* para designar aquellas otras regiones de la América precolombina en las que se dan de una manera aminorada las características antes mencionadas, pero de las que, por supuesto, tenemos evidencias de un arte que, en ocasiones, es de tanto interés como el de la América nuclear.

La primera de las grandes áreas culturales que podemos distinguir en Hispanoamérica es la que se conoce tradicionalmente con el nombre de *Gran Suroeste*, que comprende el suroeste de los Estados Unidos y el norte de México. Paul Kirchhoff distinguió en esa región dos áreas, a las que llamó *Aridamérica* y *Oasisamérica*, o «Desierto y Oasis», según Driver y Massey. Si, desde un punto de vista etnográfico, económico y ecológico, las distinciones entre ambas áreas son claras, la arqueología no permite todavía esos matices, por lo que consideraremos a la región como una sola área cultural.

Uno de los dos grandes pilares de la que hemos llamado «América nuclear» — el otro sería el «área andina» — es *Mesoamérica*. El concepto de Mesoamérica, que actualmente aceptan todos los especialistas, fue dado a conocer por Paul Kirchhoff (1943), quien la limitó y definió con toda precisión y señaló como posibles fronteras, por el Norte, una línea que, comenzando por Sonora y Sinaloa, terminase en el golfo de México hacia la región de San Luis Potosí y la Huasteca, tras una inflexión por su parte central que alcanza un punto muy próximo al valle de México, mientras por el Sur, la frontera incluiría la parte occidental de Honduras y El Salvador, y que alcanza por la costa del Pacífico hasta la península de Nicoya.

El área así definida geográficamente incluye la totalidad del México central, Yucatán, Belice, Guatemala y el occidente de Honduras y El Salvador, y presenta un conjunto de características culturales, detectadas tanto por la arqueología, como por la etnohistoria y la etnografía, que hacen del área una auténtica unidad cultural. Sin embargo, dentro de esa unidad cultural, podemos distinguir un conjunto de subáreas con caracteres regionales perfectamente diferenciables. Las siguientes pueden ser las regiones más generalmente aceptadas como subunidades de Mesoamérica (Ekholm, 1958): occidente y norte de México; valle o cuenca de México; Oaxaca; Huasteca, Veracruz central, área olmeca en el golfo de México y el área maya. Hay que advertir que ésta última se suele dividir, a su vez, en varias regiones: costa del Pacífico, tierras altas de Chiapas y Guatemala, tierras bajas del Petén y península de Yucatán.

La segunda gran área de la América nuclear es la llamada *área intermedia*, cuya definición, en contraste con Mesoamérica, no ha quedado suficientemente clara y, en consecuencia, se halla, inclusive, en discusión su misma existencia. En términos generales, podemos decir que comprende toda la América Central, desde la frontera de Mesoamérica hacia el Sur, así como los territorios de Colombia y Ecuador y la zona occidental de Venezuela.

Este área coincide, en todo o en parte, con el territorio ocupado por el grupo racial *istmido* (Imbelloni) y con el área que tradicionalmente se conocía como *área chibcha*, por dominar en ella los lenguajes de ese stock lingüístico. En parte, coincide también con el *área circuncaribe*, tal como la definió Julián H. Steward en el *Handbook of South American Indians*. La mayor discusión se centra en el hecho de que las regiones de Ecuador y Colombia son, para muchos autores, la fracción septentrional del área andina. Por ser una zona situada entre dos grandes áreas culturales con caracteres bien definidos, hay razones que abonan una y otra opinión a la hora de organizar los datos.

Un grupo de especialistas — arqueólogos principalmente — han redefinido recientemente el *área andina* (Lumbreras, 1981) a la que se considera dividida en las siguientes subáreas: septentrional, central, centro-sur y meridional, con dos zonas extremas: Norte y Sur. El extremo norte del área andina comprendería los valles del Cauca y Magdalena y la sabana de Bogotá; el área andina septentrional incluiría el sur de la república de Colombia, la totalidad del Ecuador y el norte del Perú; el área andina central, que comprende la mayor parte del territorio peruano, se suele dividir en dos grandes franjas — costa y sierra — donde se sitúan algunas de las grandes civilizaciones del Perú precolombino: mochica, chavín, nazca, chimú, ica, recuay, etc., con las expansiones panandinas chavín y wari, que culminarán con la constitución del imperio incaico, en las postrimerías del período prehispánico. El área centro-sur o circum-titicaca viene a ser un área bisagra que enlaza los Andes centrales con el área meridional: en ella la región nuclear es la que se desenvuelve en torno al lago Titicaca, con las culturas de Pucará y Tiahuanaco, como las más representativas. Por último, el área andina meridional incluye territorios chilenos y del noroeste argentino, prolongándose

hasta la región central de Chile, por la zona que se ha denominado extremo meridional.

Al este de la América nuclear se extiende aquella que podemos definir como *área marginal* o de las tierras bajas de Sudamérica. En ella cabe distinguir, al menos, tres regiones o áreas: Caribe, amazónica y del Cono Sur.

El *área del Caribe* comprende básicamente las Antillas —mayores y menores— y la región norte de Sudamérica, es decir, la cuenca del Orinoco y las Guayanas; en algún caso, podría agruparse el sur de Florida. Toda esa región, más Centroamérica, es lo que constituía el *área circuncaribe*, según la definición de Julián H. Steward.

El *área amazónica*, de la que todavía se conoce muy poco desde el punto de vista de la arqueología, comprende todo el territorio que se extiende desde la zona conocida bajo el nombre de «montaña», en el Ecuador y Perú, hasta la desembocadura del río Amazonas y la costa atlántica del Brasil.

Finalmente, la que denominamos *Cono Sur de Sudamérica* es una región muy variada que incluye las grandes llanuras pampeanas, Patagonia y las costas recortadas del Chile meridional.

La justificación de esta división en áreas culturales puede verse en obras diversas como las de Kirchhoff (1943 y 1954); Willey (1966-1971), Rouse (1962) y Lumbreras (1981), etc.

1.5. Orígenes americanos

Antes de abordar el estudio de las artes de la América precolombina es preciso referirse a uno de los problemas que ha preocupado más prolongada y generalmente a los americanistas: el del *origen u orígenes de la población indígena del Nuevo Mundo* y de sus *lenguajes y culturas*. Es éste uno de los temas que ha producido una más amplia bibliografía, al mismo tiempo que un mayor número de teorías disparatadas y sin sentido. Estas últimas, naturalmente, se acumulan en una mayor proporción entre los escritores de los siglos XVI al XIX, pero no han dejado de producirse hasta nuestros días.

Para abordar el tema deberíamos partir de la siguiente consideración primaria: si el hombre no es originario de América, como parece bien probado, y no es posible pensar en dos *orígenes independientes del hombre*, los pobladores del continente americano, antes de la llegada de los europeos, deben proceder del Viejo Mundo. Teniendo esto en cuenta, cabe hacerse las siguientes preguntas: ¿de qué lugar o lugares del Viejo Mundo procedían los inmigrantes?, ¿por qué lugar o lugares penetraron en el continente americano?, ¿en qué momento o momentos se produjo este poblamiento de América? Para dar respuesta a estas preguntas sobre bases seguras y con criterios científicos, debemos tener en cuenta el resultado de las investigaciones en varios campos: principalmente, en el de la Antropología física, la Lingüística, la Etnología, la Arqueología y la Paleobotánica.

En la mayor parte de las teorías que tratan de explicar el problema de los orígenes americanos intervienen dos factores decisivos en lo que se refiere a la interpretación: ante dos rasgos similares y comparables, uno americano y otro del Viejo Mundo, cabe una interpretación difusionista o bien una interpretación paralelista o convergente. De otra parte, existe el hecho básico de considerar al *hombre americano, su lengua y su cultura*, como una *unidad* o, bien como un conjunto diverso. Las explicaciones acerca del origen, tendrán que ser únicas y absolutas, en el primer caso, mientras que en el segundo, podrán ser varias y diversas. Como dice Comas: «el comienzo de la segunda mitad del siglo XX coincide con la terminación del mito del *american homotype* y se reafirma, en cambio, el explícito reconocimiento, por la gran mayoría de los antropólogos, de que existe una variabilidad y heterogeneidad somática y osteológica entre los grupos aborígenes de América» (Comas, 1961), lo cual, en términos generales, podemos aplicar a problemas y planteamientos lingüísticos y culturales.

Desde el descubrimiento de América hasta nuestros días se ha enuciado la ma-

Teorías {

por cantidad y variedad de teorías acerca del origen del hombre y las culturas indígenas del Nuevo Mundo. Tales teorías se pueden agrupar en tres grandes bloques: *a) teorías clásicas y fantásticas; b) teorías seudocientíficas, y c) teorías científicas.*

Entre las primeras hay que mencionar las que sitúan el origen del hombre y la cultura indígena de América en: Escandinavia (Grotius), Inglaterra (Raleigh), España (Rocha), o hacen a los indios americanos descendientes de los troyanos (Morton), cartagineses (Mariana, Torquemada, etc.), egipcios (Dupailx, Campell), fenicios (Solórzano, García), judíos (Durán, Las Casas, etc.), cananeos (Hornius) o hijos de Jafet (Fernández de Oviedo, Piedrahita). Otros, sin embargo, los hacían descendientes de los polinesios (Wilson), o de los tártaros (Gómara, Calancha, etc.), de los chinos (Náxera), etc.; pero las más notables de estas teorías son las que hacen originarios a los amerindios de continentes desaparecidos, como la Atlántida (Gómara, Solórzano, Zárate, García, etc.) o de la isla de Mú (Haeckel, Churchward).

La teoría más generalmente aceptada por todos los americanistas es la que, durante mucho tiempo, defendió la llamada «escuela norteamericana» y de la que es, sin duda, su más antiguo precedente la tesis sustentada por José de Acosta en 1590, la cual afirma que la población amerindia procedía de Asia y penetró en el continente americano a través de Beringia.

Esta teoría se basa en los siguientes principios fundamentales: 1) unidad racial del hombre americano; 2) entronque racial asiático: mongol; 3) ingreso en América por el camino único y exclusivo del estrecho de Bering; 4) llegada al Nuevo Mundo en sucesivas oleadas; 5) época de ingreso: tiempos relativamente recientes; 6) escaso nivel sociocultural de los inmigrantes y, por tanto, desarrollo posterior absolutamente autóctono.

El grupo racial originario de los inmigrantes, aunque básicamente mongol, es relativamente variado, ya que Hrdlička, el principal defensor de esta teoría, reconocía a los parientes más cercanos del indio americano entre los habitantes de Siberia, Japón, Corea, China, Mongolia, Tibet, Malasia y Polinesia, todos los cuales habrían llegado al Nuevo Mundo por el camino de Kamchatka, Bering y Alaska. Según el mismo Hrdlička, habría habido cuatro momentos u oleadas de población: 1) pueblos dolicocefalos del tipo de Lagoa Santa (láguidas); 2) gentes de cráneo dolicoide, antepasados de los toltecas; 3) grupo braquicefalo, antepasados de los atapascos; y, finalmente, 4) los esquimales.

La escuela norteamericana suponía, desde la perspectiva cultural que, pese a ser la inmigración humana tan reciente, el nivel cultural de los inmigrantes sería muy bajo, por lo que todo el desarrollo cultural precolombino habría que considerarlo como autóctono; no obstante, no se descartaba la posibilidad de esporádicos contactos con otros pueblos y culturas.

En lo que se refiere a la lingüística, la escuela norteamericana tendía a considerar que todas las diferencias observables entre las lenguas del Nuevo Mundo eran más aparentes que reales, por lo que se podía prever para un futuro más o menos lejano la fijación de una lengua madre, cuya raíz habría que buscar igualmente en Asia.

El carácter insuficiente que tiene, al parecer, la explicación dada por la escuela norteamericana para determinar el origen del hombre y las culturas indígenas de América se pone de manifiesto en el creciente número de autores inconformes con los postulados de dicha escuela, y que replican a la misma señalando orígenes diversos. Paul Rivet ha sido, posiblemente, uno de los americanistas que más ha hecho en favor de la tesis polirracialista y defensora del origen múltiple de lenguas y culturas amerindias.

El americanista francés, al igual que Hrdlička, señala cuatro oleadas de población: dos por el estrecho de Bering y otras dos por el Pacífico sur. Las dos primeras constituirían la masa de población de tipo mongol que forma la base poblacional de América; las dos inmigraciones oceánicas estarían constituidas por un elemento australiano y otro melanesoide o malayo-polinesio.

El origen australiano se aprecia especialmente entre los ona y otros pueblos del Cono Sur. La argumentación de Rivet acumula pruebas que se refieren a carac-

terísticas antropológicas — índices craneanos, grupos sanguíneos, etc. —, a rasgos etnográficos y, sobre todo, a las semejanzas entre el grupo lingüístico chon y varias lenguas australianas. La parte más débil de esta tesis se refiere a las hipótesis que tratan de la vía de acceso al continente americano: según Mauss y Montandon, los australianos llegarían a Sudamérica en piraguas de malayo-polinesios, mientras que, según Mendes Corrêa, lo harían a través de la Antártida.

El origen *malayo-polinesio* fue defendido por Paul Rivet sumando argumentos etnográficos y lingüísticos a los estrictamente antropológicos. Según este autor, tanto en lo que se refiere a la capacidad craneana, como en lo tocante a la talla y a los principales índices faciales y craneales, se hallan muchas semejanzas entre esos pueblos y algunos de Sudamérica. Son más significativas, sin embargo, las semejanzas culturales documentadas etnográficamente, tales como: cerbatana, propulsor, maza anular y estrellada, honda, azuela de mango acodado, puente colgante, bote de haces de junco, doble piragua, hamaca, capa pluvial de fibras, estuche peneano, cultivo en terrazas, trepanación, etc. Diversos estudios de José Imbelloni sobre el *toki* vienen a confirmar la tesis de Paul Rivet. La llegada de estos pueblos — los mejores navegantes del Pacífico — a América, según este autor, debió producirse entre 2500 y 2000 a. de C.

José Imbelloni ha desarrollado su tesis polirracista, relacionada estrechamente con su sistema taxonómico de los grupos raciales amerindios, según expusimos en páginas anteriores, ordenando el proceso poblacional del Nuevo Mundo en siete diferentes oleadas. La primera de estas oleadas sería la *proto-tasmania*, que daría lugar al grupo racial *fuéguido*. Los *proto-australoides*, que como los anteriores entrarían por el estrecho de Bering, darían lugar a los grupos *plánidos* y *pámpidos*. La tercera oleada, que entraría también por Beringia, vendría a estar constituida por los *láguidos* o *paleoindios* americanos. Los *proto-indonesios* llegarían al Nuevo Mundo por vía marítima y serían los antepasados del grupo *amazónico*. La quinta oleada estaría constituida por pueblos muy mongolizados, que penetrarían por Bering, y darían lugar al grupo *pueblo-andino*. La sexta oleada, esta vez por vía marítima, sería de origen *indonesio* y daría lugar al grupo racial *istmido*. Finalmente, la séptima invasión sería la de los grupos *colúmbido* y *esquímido*.

Como contrapartida a las tesis de Paul Rivet, José Imbelloni y otros, Thor Heyerdahl, el navegante de la *Kon-Tiki*, ha defendido la tesis contraria, a saber: que la población y cultura polinesias tiene un origen americano. Aunque la viabilidad del contacto fue sobradamente probada por el viaje de la famosa balsa, las pruebas arqueológicas y etnográficas son débiles y su argumentación (Heyerdahl, 1951) desordenada. Ello no impide considerar como muy probable viajes transpacíficos como el legendario del inca Tupac Yupanqui con su ejército de 20.000 hombres.

Por su parte, Clifford Evans, Betty J. Meggers y Emilio Estrada han señalado como posible origen de la cultura Valdivia, de la costa del Guayas (Ecuador), fechada en torno al 3200 a. de C., la cultura Jomón (Kyushu, Japón). La cultura Jomón tiene unos antecedentes que se remontan, al menos, a tres o cuatro milenios antes, por lo que es evidente que representa, o puede representar el punto de origen del préstamo cultural. Por otra parte la cultura valdivia aparece extraordinariamente desarrollada, sin que haya antecedentes locales o regionales. En consecuencia, cabe pensar que unos pescadores se desviasen de su ruta y fuesen arrastrados desde las costas del Japón a través de 8200 millas náuticas hasta llegar a la región del Guayas, en el Ecuador. Las corrientes pueden haber hecho que este largo viaje se realizase en unos nueve meses.

Otro posible camino de comunicación intercontinental, durante el período Formativo, debió ser el Atlántico medio. Aquí la distancia se reduce a 1500 millas, lo que, unido al hecho de ser favorables vientos y corrientes, hace muy posible la llegada fortuita de gentes desde la costa occidental de África y Canarias hasta América. Entre los rasgos culturales que cabe mencionar hay que citar los siguientes: pintaderas, vasijas con mango-vertedero, figurilla femenina perniabierta, banquetas zoomorfas, urnas funerarias con figura humana en la tapadera, trepanación, momificación, lenguaje silbado, casamiento entre hermanos, etc. (Alcina, 1969).

Otra serie de autores, entre los cuales Robert Heine-Geldern, Gordon F. Ekholm, Miguel Covarrubias y Paul Kirchhoff, han defendido la hipótesis de contactos entre el este y el suroeste asiático y el área mesoamericana, y quizá también el área andina, por el Pacífico medio. Según estos autores, desde el año 700 a. de C. hasta el siglo x d. de C., es posible que llegasen al Nuevo Mundo, y especialmente a Mesoamérica viajeros procedentes de China y del sureste asiático llevando un complejo cultural que, al menos parcialmente, sería aceptado y adaptado por los pueblos receptores. Este complejo cultural tendría sus raíces, por una parte, en el estilo *Dniestro-Danubiano* de los Balcanes y, por otra, en el antiguo estilo del Pacífico (3000-2000 a. de C.), coincidiendo ambos y determinando los estilos *shang* (1700-1100 a. de C.), *chou primitivo* (1100-750 a. de C.) y *chou reciente* (750-200 a. de C.). El estilo *dongson*, finalmente, sería una desviación del *dniestro-danubiano*. Toda esta serie de culturas y estilos influirían de manera decisiva en Malasia, Melanesia y Polinesia y llegarían, finalmente, a América por caminos diferentes. Entre los rasgos culturales de origen asiático que hallamos en América hay que mencionar los siguientes: vasos cilíndricos trípodes y con tapadera (Teotihuacán); estilo tajiniano de los vasos de mármol de Ulúa (Honduras); el motivo *hoecker* (en varias regiones); el motivo *makara*; el felino protector; el alter-ego; los animales con ruedas, etc.

Los protagonistas de tales viajes debieron ser comerciantes, artistas y políticos que iban en busca de oro, jade, plumas y drogas, y que utilizaron buenas embarcaciones capaces de grandes travesías, seguramente, a través de la ruta de Filipinas a México, que se haría famosa en la época colonial. El hecho de que los viajeros fuesen gente culta y conocedores de aspectos complicados de su propia cultura se pone de manifiesto por el hecho señalado por Kirchhoff en relación con el calendario hinduista-budista, coincidente en la India y en el área mesoamericana. Una clasificación calendárica de 28 dioses hindúes y sus animales simbólicos en 12 grupos fundidos en cuatro bloques viene a ser el mismo que hallamos en Mesoamérica, con los mismos dioses, en el mismo orden y con los mismos animales y grupos.

Finalmente, hay que señalar los posibles contactos entre el Mediterráneo y noroeste de África con América, en los comienzos de la Era Cristiana: algunos hechos concretos parecen atestiguar, sin duda, la realidad de tales contactos: el hallazgo de una cabecita de estilo helenístico-romano, fechada hacia el 200 d. C., bajo el suelo intacto de cultura azteca-matlatzínca en Tecaxic-Calixtlahuaca (valle de Toluca, en México). Esta, y quizá otras piezas de indudable fabricación romana, debieron pasar al Nuevo Mundo por el Atlántico medio. Para reforzar esta hipótesis, tenemos no sólo el testimonio literario, sino también el arqueológico, de que los romanos llegaron a las islas Canarias: el hallazgo de varias ánforas de los siglos II y III en el archipiélago así lo demuestra.

Con posterioridad a estos posibles viajes hay que situar los semihistóricos semilegendarios de los árabes por la misma ruta del Atlántico medio, así como la casi segura arribada de los normandos por el Atlántico septentrional y los indudables viajes de europeos que precedieron y justificaron la «aventura» colombina en el siglo XV.

1.6. Secuencia histórica y evolución cultural

La extraordinaria amplitud de Hispanoamérica, así como la variedad casi infinita de culturas que la han poblado durante milenios antes del descubrimiento, hacen muy difícil una síntesis de sus artes; por eso, en las próximas páginas, trataremos, al mismo tiempo, de sintetizar y seleccionar.

En los capítulos que siguen prestaremos especial atención a lo que hemos llamado América nuclear, aunque en algún caso nos referiremos a culturas fuera de ese área: tal es el caso de las culturas del Caribe, a las que haremos referencia conjuntamente con las del área intermedia. Cifrándonos a la América nuclear, prestaremos especial interés a los cuatro periodos en que puede descomponerse el desarrollo cultural de la misma: 1) periodo Lítico; 2) periodo Formativo o Preclásico; 3) periodo Clásico, y 4) periodo Postclásico.

El conjunto de los periodos históricos mencionados puede adaptarse con facili-

dad al esquema evolutivo de Service (1971) que, como es bien sabido, establece cuatro etapas: 1) bandas; 2) tribus; 3) jefaturas, y 4) estados.

El arte del periodo Lítico corresponde a sociedades de cazadores y recolectores organizadas en *bandas*, que se sitúan en la región antes citada, o en zonas fuera de ella. Para el periodo *Formativo* o *Preclásico*, que básicamente corresponde a la etapa de *tribus*, prestaremos una especial atención al nacimiento de las civilizaciones mesoamericana y andina, muy particularmente a las culturas Olmeca y Chavín, que representan el papel de culturas «madre» para las respectivas áreas. Para el periodo Clásico (en torno al primer milenio de nuestra Era) destacaremos el papel de las civilizaciones Teotihuacana, Zapoteca y Maya para Mesoamérica, y las culturas Mochica y Nazca para el área andina. El final del periodo Clásico (hacia el año 1000 d. C) representa una grave crisis en todo el continente: los estados Tolteca, Mixteca, Wari y Tiahuanaco representarán un momento estelar en el arte precolombino de América, para desembocar en una serie de artes locales, como son las de aztecas, mixtecas y maya-tolteca, en Mesoamérica, y las de culturas tales como Chimú, Chancay, Ica, Killke e Inca, en el área andina.

BIBLIOGRAFÍA

ALCINA FRANCH, JOSÉ.

1966 «La historia indígena de América como un proceso», *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 23, 445-77, Sevilla.

1969 «Origen trasatlántico de las culturas indígenas de América», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 4, 9-64, Madrid.

COMAS, JUAN.

1961 *El origen del hombre americano y la Antropología Física*. Cuadernos del Instituto de Historia, Serie Antropológica, núm. 13, México.

1974 *Antropología de los pueblos iberoamericanos*. Biblioteca Universitaria Labor, 38 Barcelona.

EKHOLM, GORDON F.

1958 «Regional sequences in Mesoamerica and their relationships», en *Middle American Anthropology. Social Science Monographs*, vol. 5, 15-24, Washington.

FRIED, MORTON H.

1967 *The evolution of political society*. Random House, New York.

GREENMANN, E. F.

1963 «The Upper Palaeolithic and the New World», *Current Anthropology*, vol. 4, 41-66, Chicago.

HEINE-GELDERN, ROBERT.

1966 «The problem of transpacific influences in Mesoamerica», *Handbook of Middle American Indians*, vol. 4, 277-295, Austin.

HEYERDAHL THOR.

1952 *American Indians in the Pacific*, George Allen and Unwin Ltd., Londres.

INBELLONI, JOSÉ.

1948 «Los grupos raciales aborígenes», *Cuadernos de Historia Primitiva*, vol. 2, 71-88, Madrid.

1950 «La tabla clasificatoria de los indios a los trece años de su publicación», *Runa*, vol. 3, 200-210, Buenos Aires.

1956 *La segunda esfinge indiana*, Librería Hachette, S.A., Buenos Aires.

KIRCHHOFF, PAUL.

1943 «Mesoamérica», *Acta americana*, vol. 1, 92-107, México.

1954 «Gatherers and Farmers in the Greater Southwest», *American Anthropologist*, vol. 56, Menasha, Wis.

1964 «The diffusion of a great religious system from India to Mexico», *Actas del 35 Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 1, 73-100, México.

LAMING-EMPERAIRE, ANNETTE.

1980 *Le problème des Origines américaines*, Presses Universitaires de Lille.

LOUKOTKA, CESTMĚR.

1968 *Classification of South American Indian Languages*, Latin American Center, University of California, Los Angeles.

LUMBRERAS, LUIS G.

1981 *Arqueología de la América andina*, Ed. Milla Batres, Lima.

- MARTÍNEZ DEL RÍO, PABLO.
 1952 *Los orígenes americanos*, 3ª ed. Páginas del siglo xx, México.
- MCQUOWN, NORMAN A.
 1961 «Los lenguajes indígenas de América Latina», *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*, 2ª ep., vol. 1, núm. 1, 37-207, Washington.
- REDMAN, CHARLES L.
 1978 *The rise of Civilization*, San Francisco.
- RIVET, PAUL.
 1943 *Les Origines de l'homme américain*, Les éditions de L'Arbre, Montreal (trad. esp. en Fondo de Cultura Económica. Colección Popular: 20).
- ROUSE, IRVING.
 1962 «The Intermediate area, Amazonia and the Caribbean area», *Courses toward urban life* (Braidwood y Willey eds.), 34-59, Chicago.
- SCHMIEDER, OSCAR.
 1946 *Geografía de América*, Fondo de Cultura Económica, México.
- SERVICE, ELMAN R.
 1971 *Primitive Social Organization*, Random House, New York.
- SWADESH, MAURICIO.
 1948 «El idioma de los Zapotecos», *Los Zapotecos*, 415-448, México.
 1959 *Mapas de clasificación lingüística de México y las Américas*, Instituto de Historia, Serie Antropológica, núm. 8, México.
- TÓVAR, ANTONIO.
 1961 *Catálogo de las lenguas de América del Sur*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- TROLL, CARL.
 1958 *Las culturas superiores andinas y el medio geográfico*, Publ. del Instituto de Geografía, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- VIVÓ, JORGE A.
 1949 *Geografía de México*, Fondo de Cultura Económica, México.
- WAUCHOPE, ROBERT.
 1962 *Lost Tribes and Sunken continents*, The University of Chicago Press, Chicago.
- WEST, ROBERT C. (ed.).
 1964 *Natural environment and early cultures*. Handbook of Middle American Indians, vol. 1, Austin.
- WILLEY, GORDON R.
 1966-67 *An Introduction to American Archaeology*. Prentice-Hall, Inc., 2. vol., Englewood Cliff, New Jersey.

La etapa a la que nos estamos refiriendo ha sido calificada como *Periodo Estatal-Expansivo* por Alberto Rex González y José Antonio Pérez (1966), la cual «se caracteriza fundamentalmente, y por oposición a las anteriores, por una gran cohesión interna; es decir, debió ya formarse un verdadero estado organizado y porque se produce luego una expansión del mismo — quizá por conquista — y desde un gran centro, bien reconocible y con un sentido político militar» (González-Pérez, 1966: 257-258).

Esta etapa ha sido subdividida por los mencionados autores en tres fases: 1) Primer periodo expansivo: Tiahuanaco-Wari; 2) Periodo intermedio, y 3) Segundo Periodo Expansivo Incaico.

La expansión Wari por el área andina central que hemos estudiado en páginas anteriores es, en el área Circum-Titicaca, una expansión en la que resulta difícil distinguir, desde el punto de vista estilístico, lo wari de lo tiahuanacota. Se trata, evidentemente, de una expansión en la que el componente religioso es muy importante, pero que debe estar apoyada fuertemente por un componente político-militar. No se explica de otra manera su rápida imposición y su más rápido final, con el renacimiento de las culturas locales.

En esa expansión hay que distinguir lo que son «fabricaciones» originales de Tiahuanaco, que se encuentran en lugares muy diferentes de lo que son «modelos» estilísticos que se copian en las diversas regiones traduciéndolos o mezclándolos con sus específicos rasgos. Las características más notables serían, entre otras, las siguientes: el personaje de los dos cetros, la imagen del sacrificador, guerreros con grandes tocados y personajes con máscara felínica, felino-serpiente, felino-pájaro y felino con cabeza humana, etc. Muchos de esos elementos se encuentran en San Pedro de Atacama, y algunos, más al sur, en la puna argentina; sin embargo, en algunas zonas, como en la región valluna o en la Quebrada de Humahuaca, las influencias son dudosas o no existen.

La caída de la dominación o expansión wari-tiahuanacota se produce tan súbitamente como se había producido su emergencia y a continuación vienen a renacer las culturas locales. «En la época que precede inmediatamente a la conquista incaica, parte del área andina meridional estuvo ocupada por el Reino Colla, que conocemos por la historia. Fuera de él florecen otras culturas con cierta independencia. En el sur de Bolivia son las conocidas con el nombre de Chaquí, Yura, Huruquilla y Yampara; sus estilos cerámicos son bastante diferentes entre sí. En Chile corresponde al periodo Tardío, que está representado por la cultura Arica con sus etapas Gentilar del Horizonte Negro sobre Rojo (Chilpe), y los tipos Chisa y Charcollo, en S. Pedro, comienza la facies III (sitios de Solor III, IV, Quitor Q-1). Es la época de la alfarería roja violácea, que también aparece en la puna argentina, en Pozuelos. En el noroeste argentino es la época de las culturas Santa María, Belén y Sanagasta, con gran desarrollo local en el área valliserrana y de la cultura Humahuaca en la quebrada del mismo nombre.» (González-Pérez, 1966: 260-261.)

Por último, el Segundo Periodo Expansivo o Incaico es claramente un fenómeno militar de carácter imperialista que se inicia en Bolivia con las campañas de Pachacutec en 1438 y que es llevada más al sur por Tupac Yupanqui hacia 1470. En toda la región se observan evidencias claramente incaicas, tales como fortalezas — pucará de Andalgalá o pucará de Tilcara —, caminos, tambos, talleres de artesanos, etc. De todas las evidencias arqueológicas, muy numerosas, quizá la más clara es la de las formas cerámicas: aribalos, ollas con pie de compotera, pucus o platos, etc., abundan en la región, lo que, unido a la información etnohistórica sobre otros aspectos de la cultura, prueban sobradamente la influencia incaica en toda la región (Raffino, 1981).

12.7. El arte de los incas

El final de los reinos independientes del área andina fue un momento unificador semejante al del Imperio Wari para gran parte del área andina central. La diferencia entre un momento y otro puede residir en el hecho de que, para la unificación Inca, el papel de los guerreros parece haber sido mucho más importante que el de los sacerdotes, pero ese tamiz es todavía difícil de percibir en la actua-

lidad, ya que, para conocer la expansión inca, tenemos una documentación literaria de la que carecemos para estudiar el mismo fenómeno en el caso del Imperio Wari.

La historia de los incas es bien conocida para que tengamos que ni siquiera resumirla aquí. Es bien sabido que esta historia es breve, ya que no comprende mucho más de un siglo (1430-1532), aunque sus antecedentes locales puedan alcanzar hasta un siglo antes de lo que se considera el comienzo de la grandeza del pueblo inca.

La expansión unificadora de, prácticamente, todo el territorio que consideramos hoy como área andina, desde Pasto, en Colombia, hasta el río Maule, en Chile central, y desde el Océano Pacífico hasta el comienzo de la selva amazónica se llevó a cabo desde el centro neurálgico o la capital de ese imperio —el Tawantinsuyu— fue el Cuzco, y el Cuzco, al menos tal como lo conocieron los españoles, fue una creación de Pachacutec Inca en torno al año 1470. Como el mayor énfasis del arte de los incas lo pusieron en el orden arquitectónico y urbanístico, en las páginas que siguen haremos una descripción, por somera que sea, de las principales ciudades del imperio, comenzando por el mismo Cuzco.

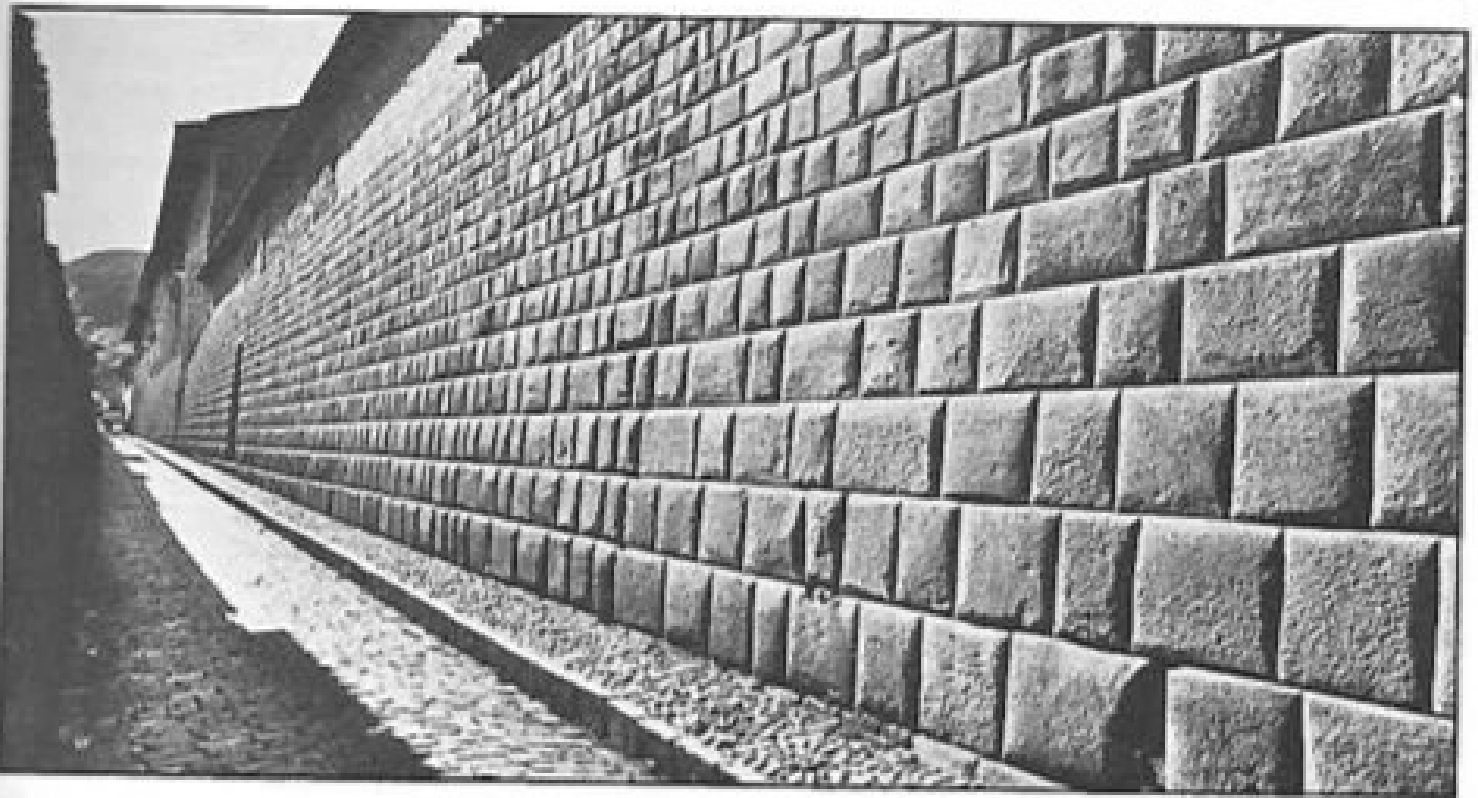
La ciudad del Cuzco plantea un caso relativamente similar al de México-Tenochtitlán, como antigua capital del Imperio Azteca: es el caso de las grandes urbes precolombinas que siguen siendo utilizadas como ciudades durante el período español, con lo que el salvamento y conservación de los monumentos antiguos se hace totalmente imposible, haciendo que aquellos deban encontrarse de manera fragmentaria y muy parcial en la misma estructura de la ciudad moderna. No obstante, Cuzco, que ha sido bautizada como «capital arqueológica de Sudamérica», contiene una gran cantidad de vestigios de la época en que llegó a ser la capital del más grande imperio precolombino de todo el continente.

Cuzco fue fundado en un estrecho valle rodeado de altas montañas, junto a los ríos Huatanay, Tullamayo y Chunchillmayo, a 3.500 m. sobre el nivel del mar. De una época de la que los datos son totalmente legendarios y que puede situarse en el siglo XIII, en la que sería una simple aldea, pasa a ser en el siglo XV, especialmente a partir del reinado del Inca Pachacutec, una ciudad importante, cuyo crecimiento demográfico, político y administrativo es muy acelerado en ese siglo. En el momento de la conquista es muy posible que su población alcanzase la cifra de 200.000 ó 300.000 habitantes.

El centro de la ciudad inca, desde la época de Pachacutec fue la plaza de Huacapata, un espacio trapezoidal de enormes dimensiones —550 m. en su lado mayor y 250 m. en el menor— en el que se sitúa hoy la plaza de Armas y la plaza de San Francisco. En torno a esa plaza, que sería el lugar donde se realizarían las ceremonias más importantes, tanto de orden religioso como de carácter civil y militar a lo largo de todo el año, se extendían los barrios principales de la ciudad.

Desde el punto de vista urbanístico, el eje dominante en la ciudad era el Noroeste-Sureste, el que seguía realmente el curso del río Huatanay, y paralelamente a este eje, otras muchas calles se desarrollaban dejando manzanas aproximadamente rectangulares entre esas calles y las perpendiculares a ellas.

Algunos autores mencionan la existencia de solamente ocho palacios o barrios imperiales en el centro del Cuzco, mientras otros llegan a señalar catorce. Resulta aventurado, cuando no imposible, señalar la identificación de dichos palacios, atribuidos a determinados ayllus imperiales con los restos arquitectónicos que se observan hoy en la ciudad. Algunas de las identificaciones más seguras son las siguientes: En el lado noroeste de la plaza Huacapata debía hallarse el palacio de Pachacutec o Casana, del que aún quedan restos de muros en ese lado de la plaza de Armas. En el lado opuesto, en la actual iglesia de la Compañía y Universidad de Cuzco, estaría el *Amaru-cancha*, residencia de Huayna-Capac. La actual calle o callejón de Loreto separa este edificio del que se conoce como *Acllahuasi* o Casa de las Doncellas del Sol, del que también se conserva un largo muro de perfecta cantería. Más hacia el norte, en el ángulo este de la plaza, se hallaba el palacio de Pucamarca, del ayllu de Topa Inca Yupanqui. Finalmente, en el lado noroeste de la plaza, donde actualmente se halla la Catedral, debía situarse el palacio *Quishuaicancha*, del ayllu de Viracocha.



Más allá de este perímetro primero y más importante de la plaza ceremonial del Cuzco se situaban otra serie de palacios o barrios imperiales y varios santuarios entre los que cabe mencionar los siguientes: *Satunrumiyoc*, perteneciente al ayllu del Inca Roca; *Jatuncancha*, del ayllu de Topa Inca Yupanqui o de Yahuar Huacac; el *Yachaihuasi* o «casa del saber» en el actual beaterio de las Nazarenas; el *Sunturhuasi* o «casa redonda» en el lugar donde actualmente está la Iglesia del Triunfo, etc.

Alrededor de este núcleo central de la ciudad del Cuzco había una serie de barrios ocupados, en general, por la gente del pueblo común o por grupos pertenecientes a pueblos conquistados. El más importante de estos barrios era *Colicampata*, situado hacia el Noroeste, en la falda de la colina, donde se sitúa la fortaleza de Sacsahuaman: era, al parecer, el lugar donde se concentraban los depósitos o graneros de la ciudad, donde se guardaban todas las materias primas o manufacturadas entregadas como tributos por los pueblos de todo el Imperio. A continuación de este barrio se situaba el de *Cantutpata*, donde se cultivaba la flor de la cantuta: barrio poco poblado y con numerosos huertos o jardines. Más al este se hallaba el barrio de *Pumarcucu*, y más allá, el de *Tococachi*, que corresponde en la actualidad al de San Blas. Al este del Templo del Sol, se situaban dos barrios: el de *Munaycenca* y el de *Rimacpampa*, lugar donde se celebraban, al parecer, las asambleas. En el lugar donde se unen los ríos Huatanay y Tulumayo se situaba el barrio de *Pumapchupan*. Otros barrios de la periferia serían los de *Cayaucachi*, *Chaquillchaca*, *Pichu*, *Quillipata* y *Carmenca*.

El santuario más importante de toda la ciudad fue el *Coricancha* o Templo del Sol, situado en el actual emplazamiento de Santo Domingo. Este edificio, mal conocido en su integridad, por hallarse en la base de la edificación española, tiene una planta trapezoidal, en uno de cuyos lados presenta un muro semicircular, sobre el que se apoya el ábside de la iglesia de Santo Domingo. Este muro presenta un trabajo de cantería extraordinariamente fino, tanto por el perfecto ensamblaje de sus sillares como por el tratamiento específico de cada uno de ellos, en los que el pulimento ha llegado a sus grados más altos.

El monumento más grandioso del Cuzco es la fortaleza de Sacsahuamán. Situada sobre una colina al norte de la ciudad, a 200 metros por encima de ella, Sacsahuamán representa, en realidad, una ciudad dentro de otra ciudad. Sacsahuamán es una enorme fortaleza construida en una época no determinada por los incas, cuando la ciudad del Cuzco se hallaba en pleno desarrollo y el potencial económico inca pudo acometer una obra de esa naturaleza. Se trata de un centro fortificado por medio de una triple línea de murallas en zig-zag que cierran por el Norte el Este y el Oeste, siendo el Sur inexpugnable por la

FIG. 12.4.
Cultura Inca: Muro del llamado «Acllahuasi» de la ciudad de Cuzco.



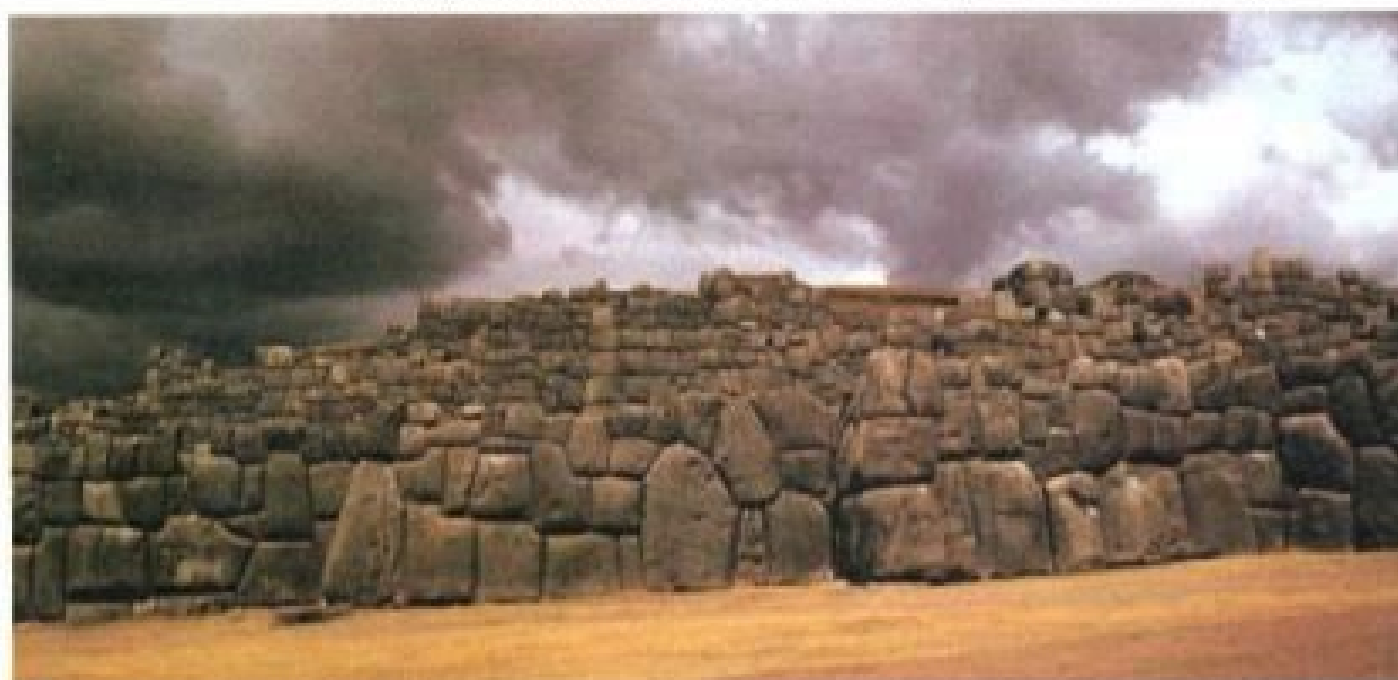
FIG. 12.5.
Cultura Inca: Puerta en la
muralla de Sacsahuamán
(Cuzco).

misma naturaleza del terreno. Estas murallas realizadas mediante una técnica ciclópea, tienen sus puertas de ingreso en los ángulos interiores del zig-zag, de manera que fuese más dificultoso para el agresor penetrar en las líneas sucesivas de defensa. En el interior de la fortaleza existe un gran número de construcciones que pueden ser interpretadas de la manera más diversa en cuanto a su función: destacan entre ellas una de planta circular —¿templo o cisterna?— que no tiene paralelo en otros lugares. Puede pensarse que Sacsahuamán fue una fortaleza preparada para servir de refugio a la corte inca en un momento de peligro: de ahí su enorme tamaño y la variedad de construcciones interiores.

Sería imposible hacer una descripción minuciosa de las innumerables ciudades incas a lo largo de todo el Imperio. Mencionaremos únicamente algunas de ellas: Pisac, Kenko, Tambomachay, Chinchero, Ollantaytambo, Raqchi, Machu-Picchu e Ingapirca.

Una de las muchas e increíbles ciudades incas que se concentran en el área cuzqueña es Pisac, sitio que se sitúa a unos treinta kilómetros de Cuzco, construida sobre un cerro junto al curso del río Vilcanota. Uno de los sectores más importantes de la ciudad, al tiempo que el más representativo y mejor conservado, es el sector denominado Intihuatana o zona religiosa de la ciudad. Se halla en la parte central de la montaña en un espacio relativamente aplanado. El

FIG. 12.6.
Cultura Inca: Muralla de
la fortaleza de
Sacsahuamán (Cuzco).



conjunto presenta una planta general de forma triangular o trapezoidal. En el lado sur se abre la puerta principal y única de todo el recinto en el que se incluyen, al menos, diecisiete unidades independientes. Por lo general, las estructuras arquitectónicas son de planta rectangular y en su interior se aprecian hornacinas que sirven para aminorar la monotonía de unos muros de cantería, siempre finamente tallada y perfectamente ajustada. El único edificio que rompe la regularidad de planta antes indicada es el llamado *Templo del Sol*, en cuyo interior aflora una gran roca tallada que queda así rodeada por los muros del templo, uno de los cuales es curvo, en la forma del Coricancha del Cuzco.

Al sudeste del Intihuatana, en la ladera oriental de la colina y a 40 m. por debajo de éste, se sitúa uno de los barrios más importantes del área urbanizada, el llamado barrio de *Pisaca*, formado por treinta recintos de pequeñas dimensiones que, sin duda, se destinaron a servir de viviendas. En la zona más meridional de la ciudad hay una zona que tiene un doble carácter: por una parte se señalan allí una serie de *colqas* o depósitos y otra serie de torreones de planta circular o semicircular que tuvieron una finalidad, sin lugar a dudas, defensiva. En la zona norte de Intihuatana pueden señalarse, finalmente, otros varios conjuntos urbanos de gran interés: el barrio residencial de *Tiamayoc*, el *Kallacasa* y el sector de *Qanchis Racay*.

Un conjunto de rocas talladas y construcciones incaicas, situadas en las proximidades de Cuzco, reciben el nombre de *Hatun Kenco* o *Kenco chico*, cuyos elementos más destacados son los canales tallados en la roca, los cuales, en forma de zig-zag, recorren tres o cuatro metros de longitud. Es importante la construcción subterránea, a la que se accede por medio de dos puertas y, sobre todo, el llamado «anfiteatro», explanada de 630 metros cuadrados, limitada por un muro curvado que da la impresión de una elipse de 19 grandes hornacinas. Hay además una fuente, y en el centro del anfiteatro, adosado al muro rocoso, un gran monolito sin tallar que se sitúa sobre un altar.

Tambo Machay es un conjunto de ruinas, cuyo nombre significa «lugar de descanso», situado a unos cinco kilómetros al noroeste de Sacsahuamán. El conjunto de ruinas cubre una superficie de 437 metros cuadrados y están constituidas por una serie de cuatro muros de contención, de los cuales el que se halla en la cuarta plataforma presenta un conjunto de cuatro hornacinas construidas con grandes bloques poligonales de talla perfectísima. En uno de los lados del conjunto hay una fuente cuyas aguas van descendiendo desde los canales más elevados a los más bajos a través de tazas talladas en la roca y pequeños canales.

El yacimiento arqueológico de *Chincho* está situado a 28 kilómetros de Cuzco, en el camino a *Yucay*, y a una altura de 3.700 m. sobre el nivel del mar, y constituye una residencia de la panaca de Topa Inca Yupanqui, quien moriría allí en 1493. En términos generales puede hablarse de tres sectores: 1) área de carácter civil; 2) área religiosa; y 3) área agrícola. Las dos primeras se desenvuelven en torno a dos plazas que les sirven de eje o centro: la actual plaza del pueblo y una extensa plaza ceremonial conocida hoy con el nombre de *Capellanpampa*.

El sector civil de *Chincho* incluye una serie de estructuras arquitectónicas, las que se sitúan sobre tres planos o plataformas diferentes que se escalonan desde el *Capellanpampa* hasta la plataforma en la que se asienta actualmente la iglesia del pueblo, la cual se ha construido tomando como base el edificio inca más importante del conjunto. En la primera plataforma se sitúa el grupo de «los tres palacios», de los que el central es, igualmente, el más importante. Todos ellos se abren, mediante grandes ventanales, a la Gran Plaza, estando decorados interiormente mediante las clásicas hornacinas incaicas.

El conjunto religioso de *Chincho* está constituido por una sola estructura arquitectónica, la cual adopta una forma piramidal adaptándose a un promontorio que sobresale de la colina sobre la que se asienta *Chincho*. La estructura piramidal ofrece tres plataformas que se hallan conectadas entre sí por medio de escaleras. En la primera plataforma se advierte, además del salón de ingreso, otras dos grandes salas, con bancos adosados en los muros y una serie de pequeñas habitaciones comunicadas entre sí mediante pasillos interiores. La se-

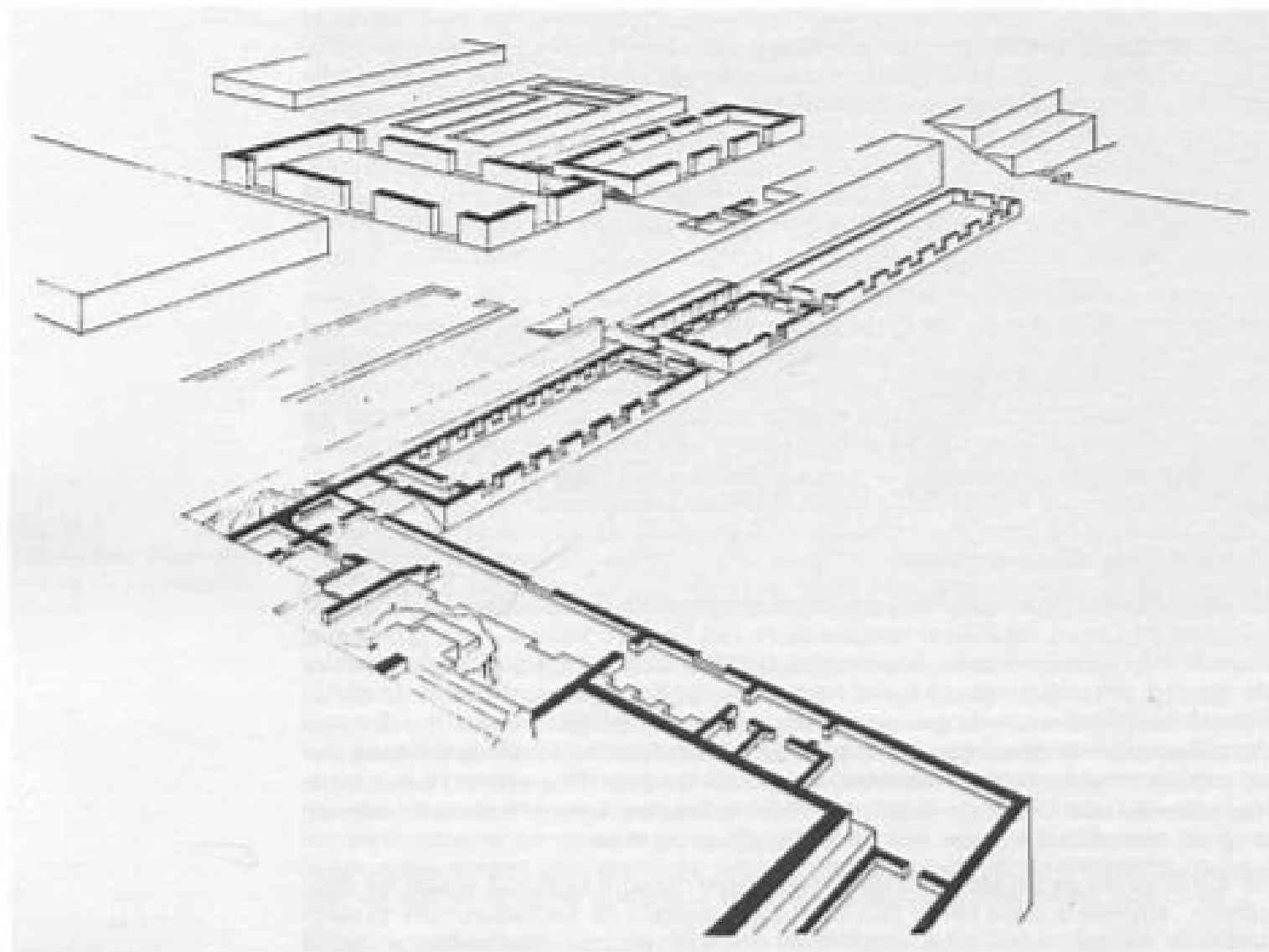
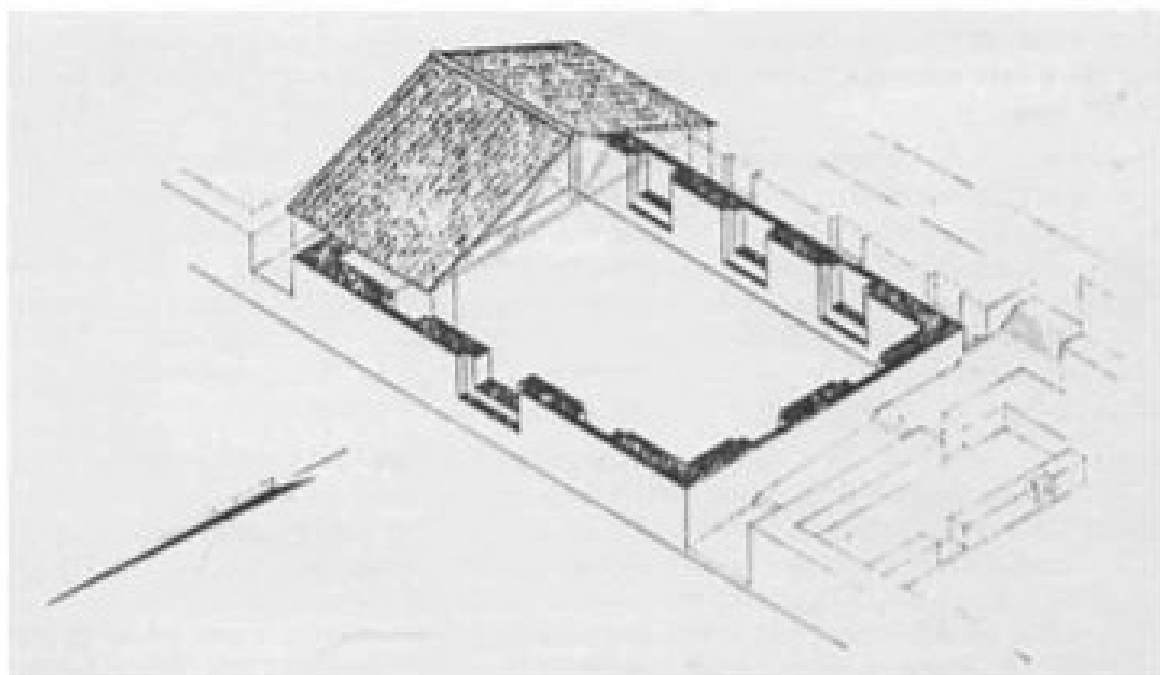


FIG. 12.7.
Cultura Inca: Perspectiva
 general del sitio de
 Chinchero (Cuzco, Perú).

gunda plataforma no presenta construcción alguna en la zona norte y oeste, y en la tercera plataforma sólo existe una explanada. En el lado oeste, entre las plataformas segunda y tercera, se sitúa una gran roca tallada que sobresale del conjunto arquitectónico y en la que, además de un «tronco», hay dos representaciones esculpidas de pumas. El nombre de la roca —*Puma-caca*— alude a dichas esculturas y al carácter sagrado de la roca. El conjunto piramidal al que aludimos ha sido interpretado como un *ushnu*.

Además de la gran plaza o Capellanpampa, que está rodeada por el «grupo de los tres palacios» y por el «*ushnu*», hay que advertir que más allá se encuentra

FIG. 12.8.
Cultura Inca: Perspectiva
 y reconstrucción parcial de
 la estructura 2 de
 Chinchero.



el sector de las «andenerías agrícolas», probablemente relacionada con el cultivo de plantas de interés para el mundo religioso y de los rituales, y un conjunto muy numeroso de rocas talladas, de las que la más voluminosa e importante es, sin lugar a dudas, la llamada *Titicaca*, que se halla junto a la plaza mencionada.

Ollantaytambo es un sitio arqueológico distante 68 km. de la ciudad del Cuzco, que se encuentra en la margen derecha del río Vilcanota, allí donde convergen las quebradas de Pachar, de Machu Picchu y de Ocobamba. Entre los lugares más importantes de Ollantaytambo hay que mencionar Incahuatana, Pumamarca, Incamisana, el baño de la Ñusta, Pinculluna, Manyaraqui, Patacalli, el Templo del Sol, etc.

El *Incahuatana* se halla al norte de la ciudad y consta de un muro adornado con cuatro hornacinas, en cuyas jambas se aprecian varias perforaciones o argollas, las que sirven para dar nombre al lugar, «amarradero del Inca». *Pumamarca* es un extenso cuadrilátero amurallado, en cuyo interior hay un número de habitaciones de las cuales seis rodean una plaza. *Incamisana* es un lugar al este de la fortaleza en el que abundan las rocas talladas que dan al lugar un carácter sagrado.

Hacia el centro de la población antigua, en medio de un laberinto de casas y callejas, se encuentra el famoso *Baño de la Ñusta*, un conjunto aislado en el que, junto a una serie de muros muy finamente labrados, se aprecia un gran bloque de granito de 1,30 m. de altura, 2,50 m. de longitud y 0,65 m. de espesor, bellamente esculpido con motivos geométricos, a cuya parte superior va a parar un canal de agua que la vierte sobre una pequeña poza.

Pinculluna es un sitio localizado a los pies del cerro, constituido por tres estructuras rectangulares muy alargadas. La plaza de *Manyaraqui* se halla a los pies de la fortaleza de Ollantaytambo y consiste en una enorme explanada de 68 x 60 metros, en torno a la cual se alzan construcciones de grandes dimensiones y de arquitectura de estilos diferentes. El conjunto de *Patacalli* se sitúa al norte de la población y es una construcción rectangular de gran tamaño con dos patios, en torno a los cuales hay numerosas habitaciones. Finalmente, el *Templo Solar* es, sin duda, la construcción más impresionante de todo el conjunto de

FIG. 12.9.
Cultura Inca: Andenerías agrícolas junto al asentamiento de Chinchero (Cuzco).



Ollantaytambo. Sobre el fondo de una gran plaza, de 17×25 m., se van levantando seis grandes monolitos de pórfido rojo de entre tres y cuatro metros de altura y casi dos metros de anchura cada uno, tallados de manera perfecta, conformando un muro casi absolutamente liso de extraordinaria belleza.

El sitio de Raqchi se halla a 118 km. al sur de Cuzco. El conjunto, que cubre aproximadamente 80 hectáreas, estuvo rodeado por una muralla, de la que aún se conservan unos 3.500 metros. El edificio principal es el famoso Templo de Viracocha, de planta rectangular, de 92 metros de longitud y 25 de anchura. Este edificio presenta un muro longitudinal central, con 10 puertas que comunican ambas salas y 22 columnas que servirían de soporte a las vigas de la techumbre. Junto al «templo», hay una serie de cinco Kanchas, con edificios en tres de sus lados. Todos ellos están divididos en dos por un muro central. Hacia el sur de la zona de habitaciones hay un conjunto de *collqas* circulares, de las que se conservan unas ochenta.

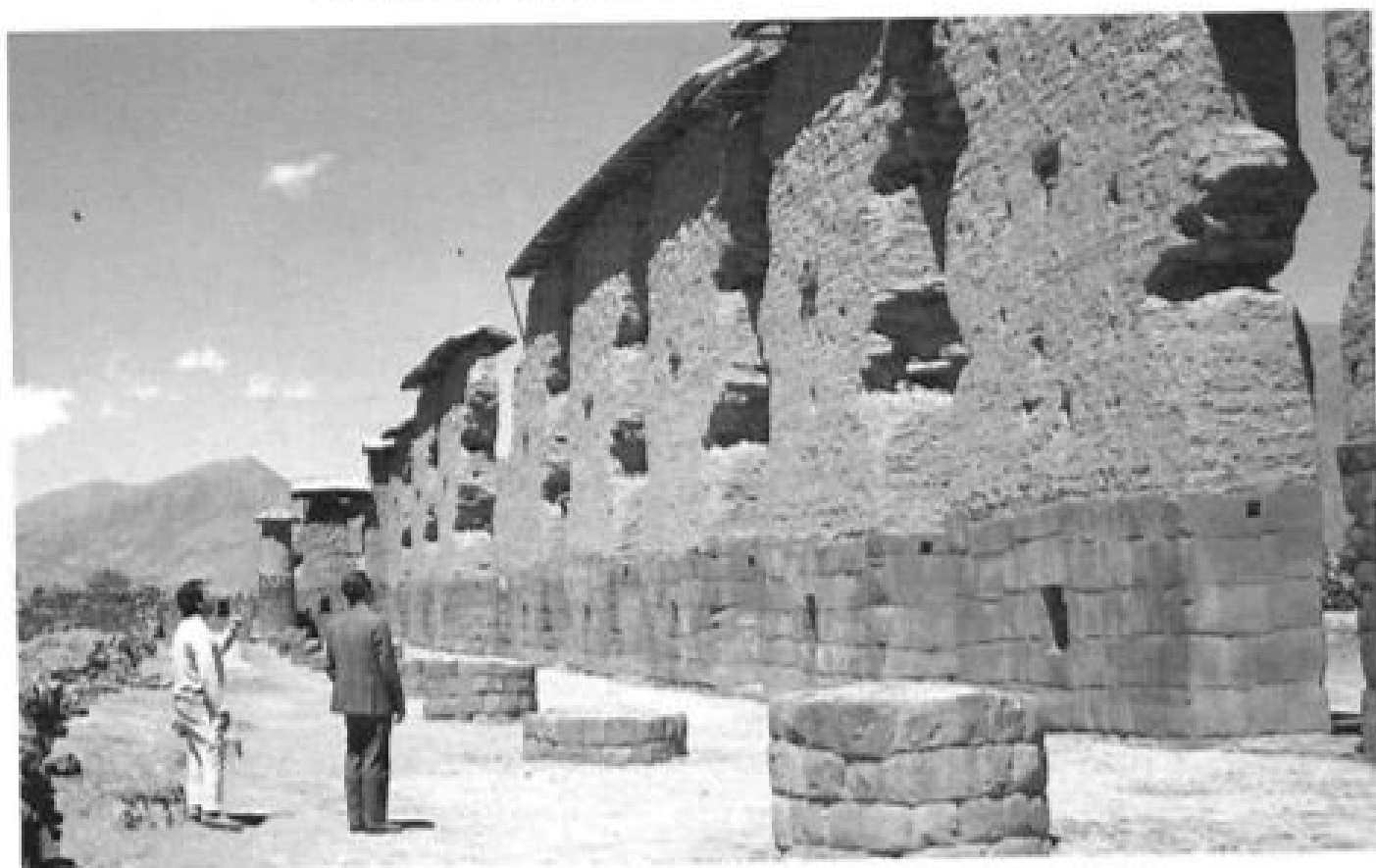


FIG. 12.10.
Cultura Inca: Templo de Viracocha en Raqchi.

Machu-Picchu, la ciudad arqueológica sin duda más popularizada por el turismo, es, al mismo tiempo, la urbe más increíble de toda la arquitectura e ingeniería incas. La topografía y el paisaje hacen impensable su situación: en el espinazo de una montaña a 2.700 m. de altura sobre el nivel del mar y a 400 m. por encima del curso del río Urubamba, que pasa a sus pies. El yacimiento fue descubierto en 1911 por Hiram Bingham, y desde entonces se viene estudiando y restaurando.

A causa de la condición topográfica, que domina por encima de cualquier otra en la ordenación urbana de Machu-Picchu, este asentamiento tiene una disposición muy alargada, adaptándose al espinazo montañoso en el que se asienta. Todo el conjunto está dominado por un espacio amplio y alargado que funciona a manera de gran plaza ceremonial en la parte central del conjunto, estando rodeado y dominado por elevaciones alargadas en ambos lados. Esta plaza es, así, una especie de cubeta, centro de la circulación de toda la ciudad.

En la parte sureste de la metrópoli, los incas construyeron dos líneas de defensas entre una serie de andenerías agrícolas que descienden como verdaderas escalinatas por la ladera de la montaña. A partir de la segunda muralla se extiende la ciudad distribuida en barrios: los situados al occidente son zonas más bien de carácter religioso y ceremonial, mientras que las zonas urbanizadas del



sur y del este parecen ser de habitación o residenciales. El grupo dominante de la ciudad parece que ocupa el barrio residencial del este.

Todo el lado oriental de la plaza, pero a un nivel superior a la misma, está cubierto por grupos de viviendas. En esta zona se desarrolla una unidad que se repite indefinidamente y que está compuesta por una entrada cubierta y un patio central en cuyo perímetro se construyeron cuatro o cinco habitaciones. Cada una de éstas se relacionaban con las demás mediante estrechas callejas, presentando el conjunto un carácter muy abigarrado.

La zona de la ciudad más elaborada y con construcciones más importantes desde el punto de vista arquitectónico es la que se desarrolla sobre el espaldón que se levanta a occidente de la plaza ceremonial. Entre los monumentos más importantes de este sector hay que mencionar los siguientes: la llamada *Casa de la Nusta*, edificio de dos plantas adornado interiormente con numerosas hornacinas y realizado con el tipo de sillería más perfecto de cuantos ofrece la arquitectura inca; junto a ella, una estrecha y perfecta escalera de acceso al *torreón militar*, el cual se apoya sobre una enorme roca con un frente inclinado, bajo el que se han hecho construcciones adicionales para adaptarla a una cámara. El *torreón* presenta un frente curvado con ventanas y tiene detrás de él un muy bello muro con numerosas hornacinas, todo ello construido en granito gris-blanco y dentro de un estilo perfecto en cuanto al ensamblaje de las piezas líticas. Otro importante conjunto es el llamado *Templo de las Tres Ventanas*, espacio abierto de 10,50 m. de longitud y 4,20 m. de anchura, en uno de cuyos muros se aprecian tres ventanas abiertas al exterior, de forma trapezoidal y perfectísima talla. En el ángulo noroeste de la ciudad se halla el templo principal, compuesto igualmente de tres enormes muros con grandes piezas monolíticas, completadas por otras de menor tamaño, apoyadas sobre las primeras, que cierran un espacio de 6,70 metros de anchura por 7,70 m. de longitud y en cuyo interior hay varios monolitos con aspecto de haber servido como mesas de altar. Más adelante, se llega por fin al *Intihuatana*, roca tallada característica, que se halla rodeada por una serie de muros, puertas, pasillos, etc., sobre una construcción que, en parte, se apoya sobre una roca natural.

Como ejemplo de arquitectura inca, muy lejos del corazón del Tawantinsuyu, mencionaremos el caso de *Ingapirca*, sitio que se localiza en el valle del Cañar, en la sierra meridional del Ecuador.

FIG. 12.11.
Cultura Inca: «Colicas» o depósitos circulares en el sitio de Racchi.

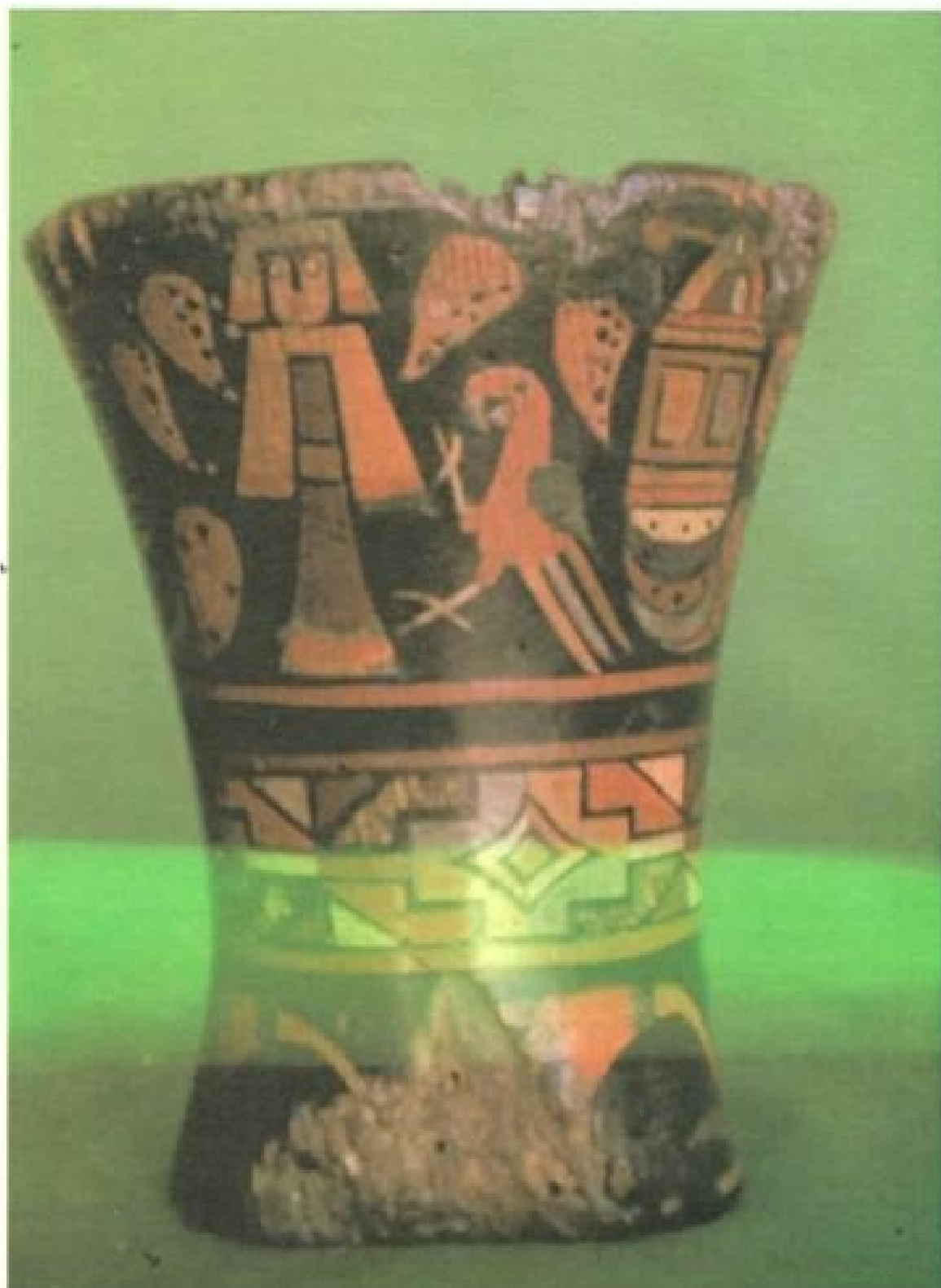


FIG. 12.12.
Cultura Inca: Kero
de madera pintada (Museo
del Banco Central, Quito).

Ingapirca representa un asentamiento muy extenso, cuyos sectores principales son los conocidos con los nombres de *El Castillo*, *El Intihuyco*, *El Ingachungana*, *Pilaloma*, y el grupo de *La Condamina*. El grupo de *El Castillo* está constituido por un conjunto arquitectónico sobre plataformas en el que cabe distinguir un conjunto con cinco habitaciones o cámaras de las que se conserva en buen estado la más oriental; una segunda plataforma sirve de base para la estructura de *El Castillo*. Este consiste en una gran elipse de unos 38 m. de longitud, 12 de anchura y 5 de altura, construida mediante un grueso y fuerte muro de contención de grandes sillares perfectamente tallados y ensamblados, dentro del mejor estilo cuzqueño. Para ascender a la plataforma superior existe un juego de escaleras por la parte sur del monumento, las cuales se sitúan por fuera de la estructura y, tras una puerta trapezoidal, también por su parte interior. En la plataforma superior hay un edificio cuadrado con dos cámaras, cuyas puertas se orientan hacia el Este y el Oeste, y en cuyos muros interiores hay varias hornacinas. El monumento en conjunto tiene la apariencia de un ushnu o templo dedicado al Sol. La orientación, casi exactamente de Este a Oeste, parece confirmar esta interpretación.

El llamado grupo de La Condamine, que se extiende a los pies del Castillo, está constituido por un edificio de planta rectangular con un pasillo central y habitaciones cuadradas o rectangulares a ambos lados. Hacia el sureste del conjunto de La Condamine se sitúa una colina denominada *Pilaloma*, donde se ha descubierto un complejo arquitectónico del mayor interés. Este conjunto, de planta semielíptica, presenta un patio central rodeado por seis habitaciones cuadradas o rectangulares.

En conjunto se puede decir que la arquitectura inca ha carecido de todo tipo de adorno escultórico o de relieves si se exceptúa algunos muy escasos detalles como, por ejemplo, los dos pumas esculpidos en la roca *Pumacaca* de Chinchero, o los pumas de *ushnu*, de Huánuco Viejo, o los muy escasos relieves en rocas talladas diversas.

Como escultura de bulto sólo se conoce una supuesta imagen de Viracocha, cuya cabeza se conserva en el Museo de América de Madrid y cuyo cuerpo se halla en la casa de Garcilaso, en el Cuzco. Por lo demás, la escultura inca es, siempre, de carácter menor, de pequeñas dimensiones. Este tipo de pequeñas esculturas son, sin embargo, de un gran realismo y de una gran perfección en cuanto a la técnica.

Los materiales para este tipo de esculturas son muy variados: las rocas andesíticas y los metales, oro y bronce principalmente. Las representaciones humanas son frecuentes —personajes reales o mitológicos— pero abundan sobre todo representaciones animalísticas: llamas, vicuñas, pumas, serpientes, etc.

También tallaron en piedra objetos diversos como vasijas, cubetas, morteros, incensarios, etc., todo ello con la misma perfección y finura que las figuritas antes mencionadas o como los sillares de sus innumerables monumentos.

FIG. 12.14.
Cultura Inca: Diversos tipos de cerámica hallados en Chinchero (Cuzco).



En lo que se refiere a la cerámica inca, no es mucho lo que se puede decir, ya que toda ella es de un estilo muy homogéneo. Sus formas, por el contrario, son muy variadas: *aribalos* o *aribaloides*; *puñños* o *cántaros*; *aisanas puchuelas* o *miniaturas*; *mancas* u *ollas*; *ollas cáliz*; *jankjana* o *tostaderas*; *ticachuranas* o *flores*; *pucus* o *platos*; *cachas* o *tazas*; *keros* o *vasos*; *urpus* o *dépósitos*, etc.

Como resultado de nuestras excavaciones en Chinchero (Cuzco) se presentó una tipología muy detallada de la cerámica incaica hallada en ese lugar (Aicina y otros, 1976), en la que se incluyen los siguientes tipos: *chinchero llano*, *chinchero fino*, *chinchero bicromo* y *chinchero polícromo*.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCINA FRANCH, JOSÉ
 1976 *Arqueología de Chinchero. 1: La Arquitectura*, Memorias de la Misión Científica Española en Hispanoamérica, vol. 2, Madrid.
 1979 *La arqueología de Esmeraldas (Ecuador): Introducción*, Memorias de la Misión Arqueológica Española en el Ecuador, vol. 1, Madrid.
- ALCINA FRANCH, JOSÉ y otros.
 1976 *Arqueología de Chinchero. 2: Cerámica y otros materiales*, Memorias de la Misión Científica Española en Hispanoamérica, vol. 3, Madrid.
- BENNETT, WENDELL C.
 1953 *Excavations at Wari. Ayacucho, Perú*, Yale University Publications in Anthropology, núm. 49, New Haven (Conn.).
- ESTRADA, EMILIO.
 1957 *Los Huancavilcas*, Publicaciones del Museo Víctor E. Estrada, vol. 3, Guayaquil.
- GONZÁLEZ, A. REX, y JOSÉ A. PÉREZ.
 1966 «El área andina meridional», *Actas del 36 Congreso Internacional de Americanistas*, vol. 1, 241-265, Sevilla.
- HOLM, OLAF
 1967 «Money axes from Ecuador», *Folk*, vol. 8/9, 135-143, Copenhague.
- HOLM, OLAF, y HERNÁN CRESPO
 1980 «El periodo de integración», *Historia del Ecuador*, vol. 2, 1-127, Quito.
- KUTSCHER, GEROT.
 1977 *Chimú*, Gerstemberg Verlag, Hildesheim.
- LECHT, H.
 1963 *Arte y cultura preincaicos. Un milenio de imperio chimú*, Aguilar, Madrid.
- LUMBREPAS, LUIS G.
 1960 *La cultura de Wari. Ayacucho*, *Etnología y Arqueología*, vol. 1, 130-226, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
 1981 *Arqueología de la América andina*, Editorial Milla Batres, Lima.
- MOSILEY, MICHAEL E., y CAROL J. MACKAY
 1974 *Twenty Four architectural plans of Chan Chan*, Peabody Museum Press, Harvard University, Cambridge, Mass.
- OBREM, UDO (comp.).
 1981 *Cochasquí. Estudios arqueológicos*, Colección Pendoneros, Instituto Otavaleño de Antropología, vols. 3, 4 y 5, Otavalo.
- RAFFINO, RODOLFO A.
 1981 *Los Inkas del Kollasuyu*, Ramos Americana, Buenos Aires.
- RAVINES, RODGER (ed.).
 1980 *Chanchán. Metrópoli Chimú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- RODRÍGUEZ SUY SUY, ANTONIO
 1972 «Características urbanas de Chan-Chán, manifestadas en otros centros de la costa norte del Perú», *Akten des 38 Internationalen Amerikanisten Kongresses*, vol. 4, 35-59, München.
- ROWE, JOHN H.
 1944 *An introduction to the archaeology of Cuzco*, Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, vol. 27, núm. 2, Cambridge (Mass.).